

2014

Representación e incorporación social una lectura de la novela un Beso de Dick

Daniel Olivera Robles
Universidad de La Salle, Bogotá

Follow this and additional works at: https://ciencia.lasalle.edu.co/filosofia_letras



Part of the [Philosophy Commons](#)

Citación recomendada

Olivera Robles, D. (2014). Representación e incorporación social una lectura de la novela un Beso de Dick. Retrieved from https://ciencia.lasalle.edu.co/filosofia_letras/615

This Trabajo de grado - Pregrado is brought to you for free and open access by the Departamento de Filosofía, Arte y Letras at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Filosofía y Letras by an authorized administrator of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

REPRESENTACIÓN E INCORPORACIÓN SOCIAL
UNA LECTURA DE LA NOVELA UN BESO DE DICK

DANIEL OLIVERA ROBLES

Universidad de La Salle
Facultad de Filosofía y Humanidades
Bogotá
2014

REPRESENTACIÓN E INCORPORACIÓN SOCIAL
UNA LECTURA DE LA NOVELA UN BESO DE DICK

DANIEL OLIVERA ROBLES

Trabajo monográfico para optar
Al título Profesional en Filosofía y Letras

Director

María Cristina Sánchez León.

Universidad de La Salle
Facultad de Filosofía y Humanidades

Bogotá

2014

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1

I.	El problema del cuerpo como representación social	8
I.1.	El cuerpo como categoría	8
1.2	El terreno de batalla es el cuerpo	27

CAPÍTULO 2

II.	Construyendo la percepción	42
2.1	Introducción	42
2.2	Reconocimiento como experiencia del deseo	44

CONCLUSIONES

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

Una de las principales preocupaciones que se encuentran en el pensamiento de Michel Foucault, es cómo los discursos son capaces de producir tipos de personas. Desde la *Historia de la locura* en adelante, parte de las intenciones del filósofo francés fue investigar si era posible establecer formas de reacción que permitieran a los individuos constituirse a ellos mismos a placer, sin la mediación de discursos sustentados en el ejercicio impositivo de poder. Este tema es harto problemático cuando las regulaciones alcanzan el ámbito sexual, ya que Foucault descubre que a diferencia de los griegos, quienes se ocupaban de un ‘uso positivo’ del sexo, la humanidad, a partir de la Edad Media se ocupa de una regulación de tipo moral, estableciendo juicios de valor del tipo bueno/malo en lo que atañe a una decisión individual.

Esa decisión individual podría llamarse una *apropiación* de sí mismo. Foucault descubre, con razón, que la pregunta por la preferencia sexual es una pregunta que implica “decir la verdad”, implica un “confesar”. El problema es, entonces, de *poder*, en lenguaje foucaultiano, y de *regulación*, en lenguaje butleriano. Durante el trabajo se señalarán los aportes de Foucault y Butler en diálogo con el escritor colombiano Fernando Molano Vargas y su novela *Un beso de dick*. Lo que pretende este trabajo es ofrecer un aporte a la comprensión de la obra de Molano Vargas, en tanto ejemplo de una apropiación de sí mismo, algo que Foucault llamaría apropiarse de la propia subjetividad, o en otras palabras, hacer un proceso de subjetivación.

Ahora bien, hay que decir sin rodeos, que la pregunta que motiva esta investigación es la siguiente: ¿Cómo se constituye el cuerpo social desde las categorías estéticas de representación e interpretación en las esferas de lo individual y lo colectivo en la novela *Un beso de dick* de Fernando Molano Vargas? Esta pregunta está motivada por tres objetivos, uno general y dos específicos, que se especifican así:

Objetivo general: Establecer una lectura que señale cómo se constituye el cuerpo social individual a partir del proceso de subjetivación y posterior afirmación sexual que hace Molano en *Un beso de Dick*. Objetivos específicos: a) Identificar la categoría cuerpo que propone Molano en *Un beso de dick* desde las conceptualizaciones de Foucault y Butler, b) Describir las formas de percepción ofrecidas por Molano Vargas en su novela *Un beso de dick*, como respuesta a la pregunta: ¿qué hacer para que me reconozcan como quiero que me reconozcan?

La hipótesis de trabajo que se maneja para esta investigación es que Molano, a través del proceso de autocomprensión que realiza el protagonista de la novela, Felipe, identifica como principales problemáticas de adquirir una subjetividad, la *representación* y la *incorporación* social, como formas restrictivas de los modos de ser del sujeto. Es decir, quien se atreva a apropiarse de su propia subjetividad, corre el riesgo de ser representado por un “tipo” de subjetividad que no es la suya porque no encaja. Así, cuando Foucault describe lo que él llama el “nacimiento” del homosexual, lo que está señalando, en última instancia, es el nacimiento del “personaje”.

En consecuencia, Felipe problematiza las nociones preestablecidas, privilegiando una comprensión de sí mismo que no pase por el lugar obligado de identificarse con algo que no es. A lo largo de la novela *Un beso de dick* se describe un proceso de subjetivación, es decir, la forma mediante la cual el sujeto se apropia de una subjetividad y se la hace consciente a sí mismo. Ahora bien, frente a esto el escritor colombiano establece alternativas de comprensión de sí mismo mediante su personaje, y esto se ve reflejado en el uso del monólogo interior del protagonista, casi como en *voz en off*, en tanto un modo de señalar algo evidente: Felipe, el protagonista, no es capaz de saber qué pasa en la vida de los demás, ni lo que piensan o sienten, pero sí lo es en lo que atañe a su propia vida, y en especial, en referencia a su propia corporalidad. El lector solo tiene a Felipe para que le cuente su historia, en un reclamo de ser comprendido -en el sentido amplio del término- en su propia subjetividad, y problematizando los discursos dominantes de la sexualidad, que llamamos *heteronormativos*.

Dentro de estas posturas entran a desempeñar un rol los discursos, propiamente hablando, que son los que se encargan de establecer las relaciones entre los sujetos. El discurso biológico, médico, religioso o moral, dirán que el hombre y la mujer fueron creados para procrear, y que esa finalidad última es la que determina la no viabilidad de las parejas del mismo sexo. Si uno elimina la procreación como finalidad del sexo, como lo hace Octavio Paz en *La llama doble*, lo que queda es un discurso que no alcanza a explicar la complejidad de un sujeto, de un fenómeno, de una postura. Es por esto que dirá Foucault que la solución no es propiamente la creación de discursos ideológicos, o la inversión de categorías al estilo heteronormativo; no se trata, pues, de desplazar la matriz heteronormativa por una homonormativa, sino de elegir herramientas que le sirvan al sujeto para crearse a sí mismo y exigir ser comprendido como tal.

No hay respuesta a la pregunta de por qué hacer esto, por qué realizar dicha exigencia. Dirá Patricia Soley Beltrán en su trabajo *Transexualidad y la matriz heterosexual* (2009), que el transexual es el resultado de la falta de espacio para otros modos de asumir la sexualidad y que el sujeto transexual se la crea, basándose en los patrones que ve, así como también en sus necesidades. Así, tener un pene no obliga a un uso ordinario; ni siquiera obliga a usarlo de algún modo, y el sujeto tiene -debería tener- el derecho de exigir la libertad de decidir cómo quiere emplear su cuerpo.

Menciono esto porque es parte de los cuestionamientos que realiza Molano en *Un beso de dick*, aunque sin ir a la problemática del transexual, sino a una más general, que es precisamente cómo puede un sujeto ser reconocido por los demás en su propia subjetividad. La pregunta tiene validez porque lo que está en juego es la representatividad de los sujetos y la satisfacción de un deseo de ser reconocido, para hacer la vida llevadera, en palabras de Judith Butler. La vida de Felipe no es *llevadera*, y eso tiene que quedar claro. Por tanto, este trabajo pretende ser un aporte a la comprensión de la obra del escritor colombiano al explorar la posibilidad de que dicha subjetivación sea percibida por los demás, al tiempo que sea reconocida.

Cabe anotar que la elección de *Un beso de dick* responde a que cumple la exigencia de Foucault, es decir, no se institucionaliza la homosexualidad como norma. Molano es muy cuidadoso con sus monólogos, y sabe que la situación que él describe a través de Felipe la pueden estar viviendo muchos otros, pero es la suya propia la que él está contando y es esa la que le interesa. La herramienta que ofrece el escritor colombiano es de comprensión y luego de exigencia, en su caso, la exigencia de no tener que esconderse para darle un beso a Leonardo, tomarlo de la mano y en fin, demostrarle afecto. Y este asunto no es poca cosa, porque lo que está en juego, al final de cuentas, es la *posibilidad* de hacer esa clase de cosas.

En consecuencia, para realizar un rastreo específico para el tema que se ofrece en este trabajo, los textos fundamentales a utilizar son *Undoing Gender* de Judith Butler y *La historia de la sexualidad* de Michel Foucault principalmente; también se empleará la *Historia de la locura*; estos tres textos componen las fuentes primarias, junto con el texto base que es la novela de Molano Vargas. El texto *Reflexiones sobre la cuestión gay* de Didier Eribon, quien está en la línea de pensamiento de los dos autores principales (Foucault y Butler) será un autor *menor*, el cual será usado como una herramienta estética para comprender la novela.

El orden del trabajo será el siguiente: un primer capítulo, que tiene por objetivo identificar la categoría «cuerpo» en la obra de Fernando Molano Vargas *Un beso de dick*. Hay que advertir que el primer capítulo está dividido en dos partes: una primera parte que estará dedicada a las conceptualizaciones de Michel Foucault, y otra que será el esfuerzo por identificar la categoría en la novela propiamente hablando. De otra parte, en el segundo capítulo el propósito es describir las formas de percepción utilizadas por Molano Vargas como una propuesta teórica a un problema práctico: ¿qué hacer para que me reconozcan como quiero que me reconozcan? Es decir, discutir sobre la experiencia del reconocimiento como deseo.

Finalmente, en las conclusiones, ofrecemos unas directrices de posibles abordajes, o mejor, maneras novedosas de abordar el problema de la identidad y afirmación sexual, tanto como posibles preguntas que puedan surgir luego de la investigación que aquí ofrecemos.

I EL PROBLEMA DEL CUERPO COMO REPRESENTACIÓN SOCIAL

La intención de este primer capítulo es *identificar la categoría cuerpo* en la obra de Fernando Molano Vargas *Un beso de dick*. Para lograrlo, el trabajo se centrará en un primer momento en la obra de Michel Foucault, aprovechando las conceptualizaciones del filósofo francés. En ese sentido, una primera parte del capítulo estará dedicada exclusivamente a una lectura de Foucault de los siguiente temas: procesos de subjetivación, inquietud de sí y erótica, económica, dietética. La segunda parte del capítulo será la dedicada a develar, como tal, el cuerpo como categoría en Molano.

1.1 El cuerpo como categoría

Una de las preocupaciones constantes que tuvo Foucault a lo largo de su vida fue la respuesta a la pregunta ¿quién soy? Con el tiempo la reformuló, buscando nuevas formas de responderla, hasta darse cuenta de que no podía responderse “somos esto o aquello” con independencia de las condiciones históricas. Esa es una de las razones por las cuales escribe *Historia de la locura*, ya que la principal preocupación de esa obra es precisamente averiguar cómo operó el cambio entre el Renacimiento y el Clasicismo con relación a la sinrazón, cómo fue que, en definitiva, se confinó al loco al encierro y al silencio, siendo que la locura no fue considerada hasta ese momento en que él escribe como un objeto invariante a través de la historia (2009).

Este análisis, según la explicación que ofrece Foucault en el marco de los cursos ofrecidos en el Collège de France en 1983 y que fueron recopilados como *El gobierno de sí y de los otros*, fue realizado para ver la locura “como experiencia de nuestra cultura” y al mismo tiempo, como “matriz de conocimiento”. En la *Historia de la locura* nace un proyecto que se irá completando a lo largo de los años, y que empieza a dilucidar el «discurso» como fuente de conocimiento/verdad, así como de poder/saber, que es lo que termina interesando más al filósofo francés. Ahora bien, no hay que perder de vista que Foucault siempre estará hablando de

«experiencia», precisamente porque no ignora que todo análisis que se haga, del discurso, del poder, del sujeto, está ligado a un momento específico y, por extensión, a una experiencia. En los cursos del Collège, Foucault cuenta que su manera de analizar en *Historia de la locura* fue recogiendo tres aspectos: a) formación de saberes; b) normatividad de los comportamientos y, c) constitución de los modos de ser del sujeto. Articular estos tres elementos lo llama “foco de experiencia”. (2009)

Luego empleó un *desplazamiento* en el modo de análisis del siguiente modo. Un análisis de la historia del desarrollo de los conocimientos, fue reemplazado por un análisis de las prácticas discursivas; en lugar de una «Teoría General del Poder» (con mayúsculas), hubo un análisis de los Procedimientos y tecnologías de la gubernamentalidad y, finalmente, en lugar de una Teoría del sujeto, realizó un análisis de las modalidades y técnicas de relación consigo mismo (2009). Al intentar establecer una correlación entre estos tres elementos, uno de los temas que quedó sin resolver fue el del gobierno de sí y los otros. Por tanto el curso empieza con el texto *Respuesta a la pregunta ¿qué es ilustración?* de Kant, precisamente porque allí encuentra Foucault una noción útil a su trabajo: los hombres que no son autónomos, dejan que aquellos que sí lo son los gobiernen.

El problema se torna aún más complejo cuando Foucault insiste, leyendo a Kant, que el filósofo de Königsberg es categórico y sostiene que es la pereza y la cobardía las que impiden a los hombres ser autónomos; por tanto, los hombres que sí son autónomos, son los que rigen los destinos de los demás. Esta idea, a su vez, Foucault la lleva al terreno griego, donde se remite a Platón y al tema del gobernante con relación a la verdad, a través de la noción de “*parrhesía*”. Así, afirma que “uno no puede ocuparse de sí mismo, cuidar de sí mismo, sin tener relación con otro” (2009: 59). Estas palabras, van más para el gobernante, ya que como señala Foucault, la premisa conócete a ti mismo, tiene un corolario que dice “ocúpate de ti mismo”. (1987)

Ese «ocuparse», es el que el autor francés denominará el cuidado de sí, y que tiene relación con una actitud, con uno mismo, los demás, y el mundo. Dicha actitud, es “una forma de comportarse

que se ejerce sobre uno mismo, a través de la cual uno se hace cargo de sí mismo, se modifica, se purifica, se transforma o se transfigura” (1987) Foucault señala aquí el origen de prácticas de tipo moral en Occidente, sabiendo, además, que la idea de hacerse cargo de uno mismo está presente en los griegos bajo distintas formas. En la *Historia de la sexualidad*, estas prácticas van a constituir el cuerpo de la noción sobre el cultivo de sí.

Con estos primeros puntos, se puede ubicar el concepto de «subjetivación», sin tener que partir de cero. En primer lugar, hay que decir que la subjetivación es un proceso que deviene sujeto poseedor de una subjetividad. En segundo lugar, dicha subjetividad no preexiste y, al final de su obra, Foucault creará que es construida por el sujeto todos los días, una y otra vez, mediante un “trabajo sobre sí mismo” constante, un cultivo de sí. Ahora bien, el Foucault de *Historia de la locura*, al preguntarse por el nacimiento del loco como sujeto poseedor de una subjetividad, y más especialmente, al preguntarse por las razones por las que se recurrió al confinamiento del “loco”, está preguntando por qué el loco es loco, o mejor, quién es el loco. Mientras investiga, el filósofo francés encontrará que loco era el libertino, el holgazán, el mendigo; en suma, el que no hacía nada.

Sin embargo, al darse cuenta de que el loco eran todas esas características, descubrió la novedad: un discurso, cargado ideológicamente, da una identidad a una persona al otorgarle atributos. Por primera vez el discurso «construía» sujetos, y Foucault lo ponía en evidencia (esto es lo que Butler llamará la función «productiva» del poder). Así fue como se operó el cambio, y ya en lugar de interesarse por el loco, se interesó en el discurso que hacía al loco, loco. Por tanto, empezó toda una serie de libros, conferencias y entrevistas que apuntaban en esa dirección.

Esto es importante porque años más tarde, en *Diálogo sobre el poder y otras conversaciones*, Foucault –que ya había descubierto que el discurso, para producir sujetos, producía verdad por medio del ejercicio del poder–, afirmará que lo que hay que hacer es “desligar el poder de la verdad de las formas de hegemonía (sociales, económicas, culturales) en el interior de las cuales funciona por el momento” (2000a). Solo haciendo eso, solo estableciendo la separación de dichas

formas hegemónicas de la verdad es que es posible hacer un proceso de subjetivación que no esté viciado por tales formas hegemónicas. El problema radica en que para adquirir una subjetividad, no basta con desligar estas formas de los discursos de verdad y la producción de saber. De hecho, Foucault asume que el poder es obedecido como poder porque está en la capacidad de producir cosas como placer, conocimiento, saber, emociones, etc. Si se lo ejerciera netamente en términos represivos de decir no –dice– no se lo obedecería. En otras palabras, un poder puramente represivo sería más bien ausencia de poder.

Ahora bien, el hecho de que el poder tenga la capacidad de producir sujetos y producir emociones, y terminar produciendo subjetividades, maneras de sentir, eso lo llama Butler la función productiva del poder. Althusser, denominará a esto, del lado de los discursos hegemónicos, *sujeción*. No obstante hay posibilidades de *des-sujetarse*, lo que se ha visto cuando el poder es represivo y no funciona, no es obedecido, y se cuestionan la verdad y la validez de los discursos, del poder, y de quién lo ejerce. Esta es una de las razones por las cuales Foucault termina rechazando hablar del poder en abstracto y con mayúsculas, privilegiando la pregunta quién ejerce el poder, y cómo lo ejerce en este momento específico de la Historia.

Por lo tanto, no es casualidad que Foucault empezara sus cursos del Collège con Kant, en el sentido de la pregunta de quién es autónomo y quién no lo es. Más allá, el problema kantiano que Foucault rescata es saber quién soy, y aún más, saber qué puedo hacer con lo que soy. Conocer ese tipo de alcances me determina como sujeto enmarcado en un contexto de la historia específico, entre otras razones porque no siempre habrá que des-sujetarse de las mismas cosas ni de las mismas formas. Desde luego, Kant no está pensando en sujeciones; Foucault es quien usa a Kant en ese sentido. Pero en el fondo, aún no está contestada la pregunta de por qué sí o por qué no des-sujetarse y realizar un trabajo sobre sí mismo constante como lo señala Foucault; esa pregunta es tarea de otra investigación. Lo que es posible decir que una vez que hay un interés genuino por des-sujetarse de un discurso, una vez que uno ha emprendido la búsqueda de la realización del proceso de subjetivación (como proceso de adquirir una subjetividad); una vez todo esto es consciente, el método que Foucault propone es el que denomina un «trabajo sobre sí mismo». La idea no es de él, sino de los griegos, mediante el empleo de los conceptos de

economía y dietética. Esto es así porque los griegos consideraban que tener control sobre uno mismo implicaba establecer regímenes estrictos sobre el propio cuerpo, las pasiones y los instintos, según señala el propio Foucault en su investigación de la *Historia de la sexualidad*.

De hecho, es en esta obra donde Foucault admite que los griegos tenían una especial preocupación por el tema del placer sexual. Dicha preocupación nacía de la consideración que refrenar el instinto sexual era más difícil de lo que se pensaba, porque era un instinto más fuerte y le asignaban un carácter especial. Esto, a su vez, hacía que la exigencia, respecto al placer sexual, fuera más en negativo que en positivo. Es decir, siempre que se habla de sexualidad, era mejor la abstinencia que el desenfreno, en términos estrictamente médicos. Por tanto, Foucault sostiene que los griegos atribuían una serie de causas y consecuencias al placer sexual que derivaban de argumentos médicos, como el agotamiento, el desgaste de los hombres en la actividad sexual que perjudicaba su desempeño en otras funciones como la guerra, o incluso su propia vida.

En ese sentido, dice Foucault que “la dietética aparece como una especie de medicina para los tiempos de molición; estaba destinada a las existencias mal llevadas y que buscaban prolongarse” (1987). El pensador francés es categórico: no había una preocupación moral en términos de bueno/malo. Lo que temían los griegos era el desenfreno, en especial en los muchachos, y que eso les impidiera dedicarse a otros asuntos, tales como el desempeño de la vida pública, el manejo de los negocios de una ciudad y similares. Más adelante Foucault señalará que en la Edad Media, el Cristianismo se convertirá en uno de los pilares fundamentales del cambio de la concepción de la sexualidad a través de la idea de “carne”, y de “pecado”, lo que a la larga generará una posterior modificación que implica pasar de una actitud cautelosa sobre el desenfreno sexual hacia una preocupación moral del tema, que devino en la prohibición y el ejercicio de la sexualidad en términos muy estrictos y con fines netamente reproductivos.

En la *Historia de la sexualidad* el filósofo francés muestra que los griegos tenían preocupaciones en términos de templanza, intemperancia y algo que podría denominarse autonomía. Un hombre libre era aquel que podía ejercer una vida pública, y porque era libre lo iba a hacer de manera

saludable y aconsejable para la ciudad. Es en este contexto donde cuidar de sí mismo equivale a cuidar de los demás tiene toda una carga ética, comportamental, que un griego no podía evadir de buenas a primeras. Por eso, la gama de consejos que recopila Foucault es monumental: desde tener sexo solo en ciertas épocas del año, hasta el celibato. Sin embargo, no había ninguna clase de regulación en cuanto a posturas o compañeros. Había, eso sí, cierta reserva con la práctica, por lo que muchos médicos, según Foucault, aconsejaban una economía restrictiva, puesto que en ningún caso el exceso podía considerarse como deseable.

Se podría objetar que la noción de templanza equivale a poseer una virtud que implique la medida justa, la proporción. Aunque eso es cierto, Foucault dice que en términos alimenticios, o de ejercicios, los criterios eran más laxos que cuando se trataba de placeres sexuales. Excederse en ejercicio era inconveniente, pero no censurable. Con el placer sexual, en todo caso, los criterios eran otros. Por esta razón, Foucault afirma lo siguiente:

las actividades en sí mismas, no son ni buenas ni malas; su valor está determinado, por una parte, por aquellas que las preceden y por aquellas que la siguen y una misma cosa (determinado alimento, cierto tipo de ejercicio, un baño caliente) será recomendada o desaconsejada según desempeñemos tal o cual actividad (1987: 100)

Lo que está en juego, a la larga, es la posibilidad de que un sujeto se constituya a sí mismo, adoptando unas medidas que le permitan esa constitución, según sea su decisión. El tema no es de gustos y placeres exclusivamente, sino de autonomía, de ser capaz de gobernar y gobernarse, lo que se confirma con la siguiente aseveración:

La buena administración del cuerpo, para volverse un arte de vida, debe pasar por una puesta por escrito realizada por el sujeto acerca de sí mismo; por medio de ésta podrá adquirir su autonomía y escoger con plena conciencia entre lo que es bueno y lo que es malo para él (1987: 101)

Otra de las preocupaciones que quiere retomar Foucault es el cultivo del cuerpo, la administración de éste, ya que es por él que accedemos al mundo. Foucault entiende que la relación que establecían los griegos con el concepto de verdad era vital, al punto que el cultivo de sí permitía o no a un hombre acceder a ésta, o en términos socráticos, a la sabiduría, así como sabían que era por medio de un razonado y cultivado cuidado de sí que podían saber si tal o cual hombre era apto para asumir asuntos en la vida pública. Dicho cuidado y administración del cuerpo requiere, en definitiva, un “reconocimiento ontológico de uno por sí mismo”. Administrar las cantidades de alimento y ejercicio que requiere el cuerpo, así como de placer sensual, y administrar dichas cantidades de modo que el cuerpo no sufra, ni por carencia, ni por exceso, tal es el ejercicio de reconocimiento de uno por sí mismo, que es lo que permite administrar el cuerpo de modo adecuado. Foucault es claro: cuando se trataba de sexualidad, en Grecia existía alguna sospecha sobre los efectos negativos del sexo en exceso, pero eran preocupaciones prácticas, no morales. No les interesaba el con quién se tenían relaciones, ni el objetivo, ni mucho menos las posiciones adoptadas durante el acto sexual (1948). Lo que interesaba era el cuidado del cuerpo, y de la mente, en relación con la sabiduría y la verdad.

En consecuencia, la discusión es llevada al terreno ético en el siguiente sentido en el diálogo del *Fedro*. Allí, Platón ofrece, en palabras del filósofo francés, “la primera descripción de lo que a continuación se volverá «el combate espiritual»”, al tiempo que hace entrar en escena algo novedoso y es la relación con la verdad. Foucault lo mostrará de la siguiente manera:

En efecto, el alma, por haber contemplado "las realidades que están fuera del cielo" y haber percibido el reflejo en una belleza terrena, es atrapada por el delirio amoroso, puesta fuera de sí misma y ya no se domina; pero también porque sus recuerdos la llevan "hacia la realidad de la belleza", porque "vuelve a verla, acompañada por la prudencia y erguida en su pedestal sagrado", es que ella se reprime, intenta contener el deseo físico y busca liberarse de todo lo que podría entorpecer e impedirle reencontrar la verdad que ha contemplado (1984: 86)

Esto también lo diría el escritor francés en la *Hermenéutica del sujeto*, cuando afirma que la preocupación filosófica fundamental de los griegos era, en términos de espiritualidad, esta: **¿qué**

transformaciones son necesarias en el propio ser del sujeto para tener acceso a la verdad?

(1987) La pregunta, dice él, era una preocupación generalizada que, salvo Aristóteles, se hacían en la antigüedad. En términos espirituales, hacer un trabajo sobre uno mismo es, ante todo, hacer un trabajo sobre su actitud y su cuerpo, de manera que sea posible el acceso a la verdad, al conocimiento, a la sabiduría.

Es en esta línea donde apuntaban los griegos. El sexo en exceso, o con muchachos, no era percibido sino como un obstáculo para el acceso a la sabiduría. Por eso se preocuparon lo suficiente para establecer discursos que permitieran a los hombres establecer regímenes estrictos de alimentación y ejercicio, para que fueran capaces de dominar sus instintos, de dominar sus emociones, su cuerpo y, por extensión, fueran hombres sabios capaces de administrar una ciudad. Porque el problema al final siempre irá hacia el lado de los negocios de la ciudad, es decir, el problema siempre será el gobierno de sí y de los otros. Establecer una relación con los otros al tiempo que establezco una relación conmigo, esta es toda una discusión fundamental en la Grecia antigua.

De hecho, el primer inconveniente al que se tiene que hacer frente es la posibilidad de asumirme como sujeto, y desde allí asumir al otro. Reconocer el cuerpo propio para luego reconocer el otro, y viceversa, será necesario para establecer los límites, los lugares comunes y empezar a crear todo un entramado de relaciones sociales que serán siempre el resultado de relaciones anteriores con otros sujetos y conmigo mismo y, al mismo tiempo, irán regulando y modificando los comportamientos, y la manera de acceder al mundo. En este sentido, es lícito decir que la "adquisición del propio cuerpo" es algo concomitante con la construcción de la subjetividad, es decir, el sujeto asume su cuerpo porque asume a los otros como otros.

Lo inquietante es ver cómo un discurso, en este caso filosófico, genera sujetos. Quizá una de las interacciones más fundamentales entre discurso-poder es precisamente aquella que se inscribe en el cuerpo, en formas muy específicas. Así, mediante el discurso filosófico, los hombres adquirieron la templanza mediante el ejercicio, y regularon sus conductas sexuales porque, según

se decía, era el camino para acceder a la sabiduría. Esto que se ve es el poder *ejerciéndose*, mediante vía discursiva, pero un poder, un dominio ejercido mediante el discurso, y que se instaure y se imprime –en el sentido más amplio de la expresión– en el cuerpo y genera una corporalidad, junto con una subjetividad, un «tipo» de sujeto. En efecto, ese fue el gran descubrimiento de la *Historia de la locura*, donde el loco nació como personaje. Del mismo modo, en *Diálogo sobre el poder*, Foucault afirma que el “caso Sade” constituye el primer caso documentado de internamiento psiquiátrico como resultado de un objetivo político declarado (2000a). Allí, es posible ver un poder aplicándose en términos reales, produciendo una verdad: el marqués estaba loco.

Ahora bien, en términos generales la discusión puede resumirse así: ejercitar el cuerpo, alimentarse bien, abstenerse lo más posible del placer sexual; esas tres actividades en general, son la suma de una conducta que refleja una actitud, un deseo de adquirir sabiduría, de poder administrar bien los negocios, de ser, en un tipo de sociedad, un sujeto viable. Esto se sabe porque la elección de textos de Foucault, al menos en lo que atañe al uso de los placeres, se refiere a textos de carácter prescriptivo. Por tanto, la economía fue la exigencia a los cónyuges, a no tener más sexo del necesario, y la dietética fue la respuesta al cuerpo, en tanto que tener sexo –en los hombres– implicaba, de alguna manera, el gasto de la energía vital. Por otra parte, el filósofo francés reconoce que la erótica fue un régimen algo distinto. Requería, “el dominio de sí y del amante”. Requería, pues, una técnica distinta, una apropiación y un uso del cuerpo distinto, y estaba anclada en la relación con los muchachos. Se puede decir, que “cada una de las tres grandes artes de comportarse, de las tres grandes técnicas de sí desarrolladas en el pensamiento griego –la Dietética, la Económica y la Erótica–, propuso, si no una moral sexual particular, por lo menos una modulación singular de la conducta sexual” (1987)

En los *Diálogos sobre el poder*, Michel Foucault insiste en sus conversaciones con otros pensadores en la necesidad de buscar soluciones al momento de crear individualidades que respondan a momentos específicos de la historia, y a las necesidades de los sujetos. En una de las conversaciones el filósofo francés muestra su distanciamiento de los maoístas respecto a la noción de devenir histórico, en tanto que suponen un orden de las cosas que llegará a unas

consecuencias que ya están previstas desde la historia. El Foucault de este libro y de los siguientes más bien sostiene que hay que hacer algo en el momento donde se está parado, en lugar de esperar por condiciones futuras que, probables o no, limitan la capacidad de acción individual y colectiva.

Una de las cosas recurrentes en el pensamiento de los últimos años del escritor francés es precisamente comprender en toda su magnitud la noción de poder mediante la formulación de cuestiones básicas, tales como ¿quién lo ejerce?, ¿qué es y cuál es la clase dirigente?, ¿qué es gobernar?, ¿qué es aparato de Estado? etc. En el texto mencionado, Foucault menciona como premisa que hablando con propiedad, el poder no lo detentan los gobernantes y, sin embargo, donde hay poder, se ejerce, a pesar de que no existe un sujeto encargado de ejercer dicho poder. Por tanto, al no haber un encargado de ejercer poder, al no ser un asunto estrictamente político, entonces el escritor francés desplaza sus cuestionamientos hacia el lado de los discursos, al descubrir que son éstos -sean de la índole que sean- los que ayudan a formar sujetos y los que, de una u otra manera, ejercen poder. Entonces quien tenga la capacidad de crear un discurso, tendrá la capacidad -o cuando menos la posibilidad- de ejercer poder sobre algo, en tanto que los discursos, como bien lo señala Foucault, está en capacidad de producir sensaciones, creencias, gustos, etc.

Pese a lo anterior, hay una experiencia de reconocimiento desde el deseo, es decir, un deseo de ser reconocido que general placer; o al menos hay una intención, sobre la cual hay que hacer el trabajo sobre uno mismo. Es que hay que adquirir, apropiarse del propio cuerpo. Y hay que hacerlo todos los días, mediante maneras novedosas, pero sobre todo, mediante formas que sean satisfactorias a nivel individual. Hay que construirse una individualidad día a día, y dicho proceso responde a necesidades más individuales que colectivas, aunque atañe a ambas esferas. En consecuencia, hay que decirlo sin rodeos: no se trata de volverse un anacoreta para apropiarse de la subjetividad; se trata de hacerse a uno mismo, dado que al tiempo que se adquieren los hábitos, se van añadiendo actitudes, conductas, y todo ello forma parte de un proceso de subjetivación.

El problema, a mi entender, es hacer consciente lo que se da por sentado, es decir, que la construcción de estos «tipos» de personas y el reconocimiento se da *por y en* los otros. En otras palabras, si bien es cierto que si estoy en capacidad de reconocer mi cuerpo es precisamente porque reconozco el de los demás, no menos cierto es que hacer consciente este ejercicio llevaría a una comprensión más adecuada de la corporalidad y la sexualidad. La primera, para responder de entrada a la pregunta –pertinente, por demás– de si el problema de las relaciones sexuales es solo un asunto de orificios; la segunda, para evitar sostener, directa o indirectamente, que una preferencia sexual es *mejor o peor* que otra.

En realidad se trata de elegir racionalmente la sexualidad y el uso del cuerpo. Ello no quiere decir que adquirir una subjetividad sea sinónimo de irse al transgenerismo o travestismo (opciones perfectamente viables); se puede ser heterosexual, siempre que esa sea la elección del sujeto. Si se privilegian lo que podría denominarse “sexualidades periféricas”¹ es precisamente porque es en estas donde un sujeto tiene, por fuerza, que “hacerse a sí mismo”, por decirlo de algún modo. Por lo demás, este “hacerse”, en términos de sexualidades, requiere mucho esfuerzo y trasgresión de patrones, como enseñará Judith Butler, al preguntarse, por ejemplo, sobre la forma en que debe caminar una “mujer”, o un “hombre”, y cosas por el estilo. Se trata de transgredir, de revolucionar, si no se está satisfecho con lo que se es. De ello, insisto, no necesariamente se desprende alguna “extravagancia” (hablando desde una postura heteronormativa y moralizante) como que un “hombre” se vista de “mujer” y viceversa, o se cambie los genitales.

Para ejemplificar esto, una propuesta realizada por Foucault y Deleuze en *Diálogos sobre el poder* es hacer teoría, ya que ésta, como ejercicio práctico, puede ser una función revolucionaria en tanto está en contra del poder. Sin embargo, no puede ser una práctica totalizadora (2000a). Hacer teoría es una manera de responder al ejercicio represivo del poder, una manera inteligente, creativa de escapar del poder. La erótica, reflexión sobre el amor, es también una teoría que, a su vez, intenta justificar el escape del régimen establecido para el *uso* de los placeres. Foucault descubre que cada práctica tiene una teoría que la soporta y, a su vez, cada teoría es incompleta a

¹ Se entiende por sexualidades periféricas aquellas que no encajan (parcial o completamente) en la matriz heteronormativa de “masculino” y “femenino”

su manera, por lo que deben buscarse alternativas, una y otra vez. Su filosofía es un llamado a la imaginación en el sentido de la búsqueda de maneras novedosas de enfrentarse a problemas, situaciones, condenas.

Por ello, del lado de la sexualidad, hay aproximaciones teóricas desde diversos planos: ético (conductas sexuales apropiadas), jurídico (conductas sexuales permitidas), médico (conductas sexuales convenientes), etc. Los discursos que posibilitan prácticas o las condenan son, en cierto modo, la respuesta a otros discursos, a otras teorías. En un principio Foucault atribuirá al Cristianismo el ocultamiento sexual que se generó por toda Europa en la Edad Media. Después, en la *Historia de la sexualidad*, considerará que los griegos también tenían preocupaciones filosóficas del tema sexual, aunque no las tenían al modo cristiano, desde la moral, desde lo correcto y lo incorrecto.

En este punto, uno puede preguntarse: ¿dónde estaban las mujeres? Ciertamente, todas las preocupaciones de los griegos tenían por objeto la sexualidad entre varones, en especial les preocupaba la relación hombre-muchacho, que era la que se les antojaba más problemática. También reconoce Foucault que todo esto se desprende de los discursos normativos, ya que él no está analizando textos literarios. Así, un autor como por ejemplo Safo, tenía preocupaciones eróticas, pero no entra dentro del marco de un discurso normativo. Desde luego, la literatura no podría ser normativa, y por eso se le excluye. Como dirá Didier Eribon, más que en la sexualidad, Foucault estaba interesado, en líneas generales, en una *historia de los discursos* (1999).

En este punto es posible decir que Foucault realiza un gran trabajo al descifrar cómo operan los discursos dominantes, por qué el poder es poderoso, y por qué se lo obedece. Queda la pregunta: ¿qué hacer al respecto? ¿Es que acaso hay algo por hacer? La preocupación en el campo de la sexualidad es diferente. Como dice el pensador francés, cuando a uno le pregunta por la preferencia sexual, lo están invitando a hacer una «confesión». Esto quiere decir, que se está indicando algo privado, íntimo, algo que señala, de alguna manera, la relación de uno consigo mismo. Así también se sentían los griegos: el tema sexual era y sigue siendo de difícil

delimitación, ya que regularlo equivale a regular cómo somos y cómo experimentamos. De allí que para regular la sexualidad haya que regular el cuerpo, regular su uso, tanto en la esfera pública como en la privada, pese a que cuando se trata del cuerpo, es difícil desligar ambos temas, entre otras razones porque aunque se prohíba la homosexualidad, por poner un ejemplo, el homosexual seguirá ejerciendo su sexualidad por la vía privada el ejercicio de libertad.

Esto último no deja de ser problemático, en tanto que prohibir el ejercicio libre de la sexualidad equivale a empujar a los sujetos a una vida que no es llevadera, para usar la expresión de Judith Butler, porque son forzados a escoger cómo pueden/deben ser reconocidos. La razón de esto es que la escritora norteamericana sostiene que teniendo en cuenta que todos los humanos tenemos un deseo por ser reconocidos, sacrificar el reconocimiento por parte de los otros puede terminar en hacer que la vida no sea llevadera. Esto le permite dilucidar a Butler que hay una confusión entre la identificación de un sujeto cualquier consigo mismo y el rol que le es asignado y que se supone debe ejercer.

Para ejemplificar esta situación usaremos a Felipe, el protagonista de la novela escrita por Fernando Molano *Un beso de dick*, en la cual el escritor colombiano se dedica a relatar la confusión que se presenta en un muchacho de quince años sobre su sexualidad, teniendo en cuenta que Felipe siente una atracción por los hombres y “algo” le hace sospechar que hay un error en ello. Así, Felipe supone que a él no le pueden parecer más atractivos los hombres que las mujeres, y no sabe de dónde viene el gusto ni de dónde viene la incomodidad de reconocer ese gusto.

En primer lugar, las constantes referencias de Molano al fútbol son bien interesantes, entre otras cosas porque esa actividad siempre ha estado asociada con la masculinidad, con el deporte “de varones” por excelencia. Así pues, el escritor colombiano no duda ni por un instante en poner a su protagonista (E.g. Dick) a jugar al fútbol, y de ese modo hace una transgresión que parece poca cosa pero no lo es. Tanto Felipe como Leonardo juegan al fútbol porque *son hombres*, es la metáfora acá. De allí en adelante, Fernando Molano escribe en no pocas ocasiones cosas como

“los diarios son una mariconería”, en un intento por mostrar que su gusto sexual no cambia su identidad del todo, no lo define en toda su subjetividad.

Pero entonces, leyendo el libro, es lícito preguntar: ¿qué define a Felipe? ¿Qué es eso de lo que carece y que parece tan importante, y que llamaremos *identidad*? ¿Es de hecho una carencia, hablando con propiedad? ¿O será más bien una dificultad, una no-correspondencia entre ciertos aspectos asignados al género masculino y que no lo satisfacen? Cualquiera que sea la respuesta, algo que es claro de esta obra literaria es que Molano no hace que su personaje se identifique con el género femenino, sólo por el hecho de que le gustan los hombres. Sin embargo, es confuso, en especial para un joven de quince años, y en ese contexto todo tipo de preguntas son las que realiza el protagonista, porque quiere comprender.

Ahora bien, esa distancia entre la identidad personal y el discurso social (lo que se supone que le debe gustar) genera una brecha, que permite que se generen preguntas que cualquier persona puede hacer a su propia vida. Esto ha dado lugar a una gran objeción hacia Foucault, y es que cuando él construye su idea de sujeto como el resultado de un discurso, y éste como resultado de unas condiciones históricas, deja de lado rápidamente la capacidad del humano de cuestionarse. Así, un sujeto no necesariamente asume el rol que el discurso le otorga, en tanto tiene la opción de cuestionar el origen del rol, del discurso, y hasta la posibilidad de rechazar dicho rol. El origen de esta posibilidad es que somos sujetos que podemos realizar un proceso de subjetivación para adquirir una conciencia y, así, develar los discursos de poder que nos rodean; discursos que pueden ser desde anuncios publicitarios hasta campañas políticas. La gama es muy amplia, y por ello no es fácil rastrear el origen de un discurso.

De hecho, todos los sujetos van por esa vía, pero solo aquellos que por una u otra razón requieren salir de la matriz heteronormativa sienten las consecuencias de tener que renunciar al reconocimiento social, como el caso de Felipe. En un momento específico de la novela, cuando la familia de Felipe se entera de que él es homosexual, el rechazo de su padre es evidente, al tiempo que asume toda clase de discursos, como el del padre comprensivo que entiende que su hijo es

joven y por eso se “equivoca”, o el del padre protector que asume que su hijo fue “engañado” por un “degenerado”, o el padre autoritario que decide cambiarlo de colegio porque su hijo no sabe qué es lo bueno y lo malo de la vida. En esa situación tan compleja, Felipe es forzado a elegir entre asumir un discurso heterosexual para ser reconocido en distintos ámbitos de la vida social, y asumir su identidad homosexual, renunciando al reconocimiento social, o como mínimo al reconocimiento familiar.

Es en este sentido que las discusiones de que describe Molano entre Felipe y su padre son creíbles, dado que el padre niega a reconocer en su hijo a alguien que tiene sexo con otro hombre. Después de una larga pelea, el padre solo puede sostener que los pájaros se enamoran de los pájaros, los perros de los perros, y cuando se trata de humanos, lo “natural” es que los hombres amen a las mujeres. La respuesta de Felipe es contundente: no me enamoré de un pájaro. Detrás de esto lo que está en juego es la premisa base de la novela: Felipe quiere ser Felipe, lo que sea que eso signifique. Si se quiere, al leer el libro, el lector no queda con la sensación de que Felipe vaya a travestirse, o que quiera un cambio de género. Lo que él quiere es hacer uso de su cuerpo como se le venga en gana sin tener que pedir permiso o dar cuentas de su cuerpo a nadie: “Leonardo besa mis labios”.

Por situaciones como esta es que tuvo que darse lo que llamaremos la “desnaturalización del cuerpo”, y que es de alguna manera la intencionalidad de huir del determinismo biológico, de invalidarlo, que es lo que ocurre en el caso de Molano. Comparar a Felipe con un pájaro es un sinsentido que nada tiene que ver con él y sus gustos, sus deseos, su vida, en definitiva. Teóricamente, esto lo muestra bien la escritora Patricia Soley-Beltrán en su libro *Transexualidad y la matriz heterosexual*, donde señala que hasta antes de la década de los setenta, sexo y género eran la misma cosa, y que es a partir del feminismo donde se empieza a establecer una diferenciación al respecto (2009). El resultado fue el establecimiento de una diferencia, así: el sexo se refería a la biología y el género a los factores socio-culturales. En consecuencia, de allí en adelante se quiebra la justificación que asignaba roles sociales diametralmente opuestos a hombres y mujeres, fundados en el esencialismo biológico del cuerpo.

Con esto, lo que Soley-Beltrán denomina la *matriz heteronormativa* se estableció aún más, dejando por fuera a todas las sexualidades periféricas, es decir, todos los sujetos que no se identifican con el género masculino o femenino. Este problema está del lado del sujeto que no se identifica, y del lado del grupo social que para *reconocer* a alguien le ponen un nombre. En tal caso, Molano muestra como muchas veces se (mal) entiende que un hombre homosexual equivale a una mujer, y viceversa. La manera como muestra esto es mediante el uso de monólogos constantes del protagonista, que responden a tener demostraciones de afecto por ser entendidas como propias del género femenino (“tan tierno este güevón”) como también a una necesidad del autor de quebrar la lógica macho-hembra. Un buen ejemplo puede ser este monólogo, técnica recurrente durante toda la novela (como muestra del proceso de interiorización que posee Felipe):

Voy a comprar media de aguardiente para bebérmela con Leonardo. Le diré que es por la amistad y todo eso. y que yo a él lo quiero, voy a decirle (...) y él pensará que como amigos, claro... ¿Qué tal decirle que no: que es porque estoy enamorado de él?...; sí, ¿y qué tal que me la reviente a golpes? ¡Qué cosa más complicada! Estallarse a una pelada es facilito: casi no hay que decir nada, y si le dicen a uno que no, pues no pasa nada (...) Pero si por ejemplo yo me le estallo a Leonardo, y él me dice que no...; y si fuera de eso empieza a hacerme desplantes y a tratar de humillarme... No; yo sé que Leonardo nunca haría eso: sólo diría que no y ya..., creo. Pero de todos modos sería muy humillante: quedar uno como un marica... A la final es mejor no ir a esa fiesta. (Molano, 1992: 34)

Para quebrar dicha lógica dualista lo único que puede hacer Molano es poner en boca de su personaje preguntas, cuestionamientos, que van escritos en la forma de un monólogo interior, como una voz externa que le habla a Felipe, pero que también cuestiona al lector. Pese a esto, es necesario reconocer cuál es la posición del autor respecto a la posibilidad del desarrollo de la sexualidad libremente, sin ataduras, en un contexto puramente heteronormativo. En este sentido, es mi opinión que la propuesta de Molano no tiene tanto que ver con una ruptura del establecimiento (*Stablishment*) en términos sexuales, sino más bien su apuesta es por una inclusión de otras opciones de gusto sexual, representación, identidad y reconocimiento. Al menos es así, si asumimos como verdadera la distinción que establece Claudia Patricia Giraldo en su ponencia *Qué es la literatura queer: las compilaciones de la literatura queer, gay y lesbica*,

donde, luego de analizar antologías literarias del tema homoerótico sobre producciones latinoamericanas, arriesga a establecer una distinción sobre dos maneras de afrontar el problema así:

En las propuestas, coexisten tanto la posibilidad de ruptura con respecto al esquema heteronormativo, como la posibilidad de inclusión o lugar dentro de la norma. En el primer caso se trata de posturas radicales de oposición a la identidad, a la univocidad y a ocupar el lugar tradiciones de la diferencia radical e inferiorizada, redireccionando la literatura como el lugar de coexistencia de tensiones, de deseos, de placeres, de personajes no cosificados, o esencializados, sin identidades fijas, que cuestionan la misma definición de autor. En el segundo caso, la noción clave es el reconocimiento, combate el lugar de la diferencia a partir de la igualdad y la inclusión, especialmente política, a través de estrategias de visibilización y reconocimiento, lecturas desde la identidad y la implantación de tradiciones e intentos de normalización o comprensión desde la heteronormatividad (Giraldo, 2009: 4)

Molano está más en la segunda opción que en la primera, a pesar de que en *Un beso de dick* no encuentra uno, hablando con propiedad, una estrategia para la inclusión política de las minorías sexuales. Sin embargo, sí hay en dicha obra una intención del autor de quebrar la diferencia con el cuadro heteronormativo, para incluirse dentro de él (algo así como una normalización desde la heteronormatividad). Es como si de algún modo, Felipe se sintiera diferente, al tiempo que lucha por no sentirse diferente. Si se lleva este modo de analizar hasta sus últimas consecuencias, las implicaciones políticas serían complejas, en tanto que tendría que entrar a la mesa de debate ya no solo temas de reconocimiento e igualdad respecto a la identidad sexual, sino también a temas más delicados para la sociedad como son la adopción de niños de parte de parejas del mismo sexo, el matrimonio, y el reconocimiento social de dichas uniones.

Ahora bien, como ya se dijo, esa no es la intención de Molano. No al menos en esta obra, donde hasta ahora está luchando por el reconocimiento, como para ir debatiendo temas políticos que tocan todo tipo de sensibilidades. La lucha de Molano tiene más que ver con el uso del cuerpo, el erotismo, y el placer. Es absolutamente indispensable entender, antes de cualquier otra cosa, el

derecho que tiene toda persona a hacer uso de su cuerpo como mejor le parezca, sin tener que dar cuentas de ello a nadie. Esto hace parte de un problema que la escritora Patricia Soley-Beltrán denomina “sobresociologización del cuerpo”, y que en resumen se refiere a aquellas posturas que asumen el cuerpo como “vacío”, y que es posible llenar de contenidos culturales (2009). Este abordaje ha permitido a Judith Butler establecer su teoría performativa de género, en la que la escritora norteamericana confunde, a propósito, el sexo con el género. En palabras de Soley-Beltrán:

Si el género es «los significados culturales que asume el cuerpo sexuado», entonces, argumenta Butler, el sexo no es la causa del género. Si los hechos «naturales» del sexo son producciones de los diversos discursos científicos, entonces el sexo está tan culturalmente construido como el género (...) Mediante la confusión retórica del sexo y el género, Butler trata de convertir la categoría del sexo en irrelevante para considerar el género (2009: 36)

En consecuencia, una lectura apresurada podría dar lugar a pensar que Butler desconoce toda realidad material del cuerpo y lo idealiza. Dicha interpretación ocurra con cierta frecuencia, y se tiende a creer que en tal caso el cuerpo es un texto que se interpreta socialmente (Soley, 2009). Esta (mal)interpretación se debe, según Patricia Soley, a una concepción restringida del lenguaje. En sus palabras:

Aunque el lenguaje no puede crear cuerpos físicos, crea un sistema de clasificaciones que determina similitudes relevantes en el mundo que posteriormente asimilamos como tipos naturales (...) Como consecuencia, debe entenderse el género como un mecanismo del poder que da lugar a la identidad mediante la clasificación y las acciones materiales (2009: 196)

En este orden de ideas, lo que Soley sostiene es que Butler simplemente privilegia un nivel sobre el otro, es decir, sostiene que mediante un análisis de las relaciones de poder y del lenguaje puede encontrarse cómo un discurso forma la materia, o en este caso, el cuerpo. Esto no significa -y ahí radica la confusión- que Butler niegue que haya interacción entre biología y cultura. Ahora bien,

si Judith Butler hace esto es porque su intención es precisamente desnaturalizar el cuerpo, y de ese modo crear un espacio para una creación del propio cuerpo, de una subjetividad.

Desde luego, no puede reconocerse el cuerpo como natural y fuera de cualquier tipo de discurso, pero asimismo tampoco puede suponerse totalmente formado por discursos de poder y lenguaje; de otro modo, ¿cómo se pueden explicar los cuestionamientos de un sujeto como Felipe? ¿Cómo explicar la manifestación estética que es *un beso de dick* y que realiza Molano, en un intento de comprensión? Si Felipe, o Molano, o cualquier persona le fue asignada una identidad con la cual no se identifica, ahí hay una situación que requiere ser explicada, que pide ser comprendida. Para ello hay que regresar a lo más inmediato, que es el cuerpo. Es por esa razón que los autores citados a lo largo de este trabajo se remiten constantemente a Michel Foucault, ya que es él quien encuentra que los discursos, sean del tipo que sean, son capaces de inscribirse en el cuerpo, no sólo mediante formas represivas como el encierro del “loco”, sino también a través de formas novedosas de producir placer, o como dirá Butler, del placer que se produce al ser reconocido como “yo”: reconocimiento como experiencia del deseo.

Por estas razones es que ese regreso al cuerpo es siempre necesario, una y otra vez, para ganar el cuerpo. Hacia el final de su vida Foucault suponía que la propia vida tenía que construirse todos los días. Eso era lo que él llamaba un “trabajo sobre sí mismo”, en el que los sujetos toman conciencia de su cuerpo, deseos, sentimientos, etc., una y otra vez, y con base a ello deciden y experimentan en el mundo. Entre otras cosas, una postura de este estilo permitiría, a la larga, desarrollar el concepto que Foucault tomaba de Oscar Wilde de hacer de la propia vida una obra de arte. Esto traería, según el filósofo francés, la consecuencia lógica de modificar toda relación entre los individuos, y -esperaba- podría resultar en nuevos modos de resistencia al poder.

Michel Foucault no ignora que un proceso de este estilo ya no tiene que ver con el gusto sexual simplemente, como tampoco ignora que un proceso de subjetivación llevado a cabo por un solo sujeto no será suficiente, y por eso añade que lo que hay que modificar, entre otras cosas, es la relación misma de los sujetos entre sí mismos, la relación con los demás, y la relación con el

poder y los discursos dominantes. En consecuencia, para comprender dichas relaciones, el problema siempre será liberar el cuerpo de todo ello, y tener la libertad de actuar. Por ello, el terreno de batalla es el cuerpo.

1.2 El terreno de batalla es el cuerpo

Esta segunda parte de este capítulo no podía empezar sin la anterior conceptualización. En líneas generales, lo que se hará es develar la categoría “cuerpo” en la novela de Molano Vargas. No podía hacerse antes porque requería una explicación previa para entender lo que ocurrirá más adelante. Por tanto, es lícito decir que la novela *Un beso de dick* tiene como argumento un joven de quince años, que se enamora de su compañero de clases, y emprende un ejercicio de comprensión sobre sí mismo y su familia, cuestionando y preguntándose cosas básicas, como por qué se esconden cuando se besan y similares. La novela se narra en primera persona, siendo la perspectiva del protagonista la única que el lector tiene para juzgar la novela. La razón de esto es simple: Felipe, el protagonista, nos cuenta su historia, porque no quiere que otro lo cuente por él, que otro diga lo que él no puede, o no sabe.

En efecto, Molano es un escritor interesante. En primer lugar, el ambiente en el que ubica a sus personajes es un colegio, y hay una razón para ello. Todas las cosas que parecen un juego de niños de pronto se vuelven todo un problema. Por ejemplo, es común que existan parejas entre los compañeros, pero no dos hombres, y eso lo entiende el personaje inmediatamente, volviendo una situación que debería ser alegre en el tormento de andarse escondiendo. En segundo lugar, el erotismo. Hay algunas escenas bien descritas por el autor, donde se describe cómo el amado quiere poseer al amante; así, Felipe ‘besa’ la silla donde se sienta Leonardo, en un intento por tocarlo, y le deja saliva, en un intento porque él pueda *sentirlo*. Tercero, los discursos. Una vez que Felipe es ‘*descubierto*’, las reacciones no se hacen esperar: su padre enloquece, su hermano se decepciona, su madre está confundida, su tía lo apoya, y en el colegio mandan a los varones a cortarse el cabello.

Todo este pequeño universo, bajo la lupa de un muchacho de quince años, aparece, a veces romántico, a veces demasiado confuso, y a veces simplemente prejuicioso. En su confusión, Felipe se siente mal por gustarle los hombres y no las mujeres, y quiere comprender dónde está el problema. Molano, de manera hábil, ubica situaciones donde deja entrever que los dos muchachos tienen relaciones sexuales, y sin embargo, algo falta. Durante toda la novela no para el protagonista de cuestionar, cada vez con más fuerza, los argumentos que le son dados y sus propios prejuicios.

De entrada, Felipe descubre que no se siente igual cuando está con Leonardo que cuando está con cualquier otra persona. De la misma manera, descubre que sus amigas son bellas pero no las desea sexualmente, como desea a sus compañeros de estudio. Las referencias a esto son constantes, como las erecciones involuntarias, los pensamientos eróticos, la masturbación con el recuerdo de un golpe propinado por Leonardo y así sucesivamente. En consecuencia, lo que uno se encuentra es a un personaje, Felipe, comunicándose con su cuerpo constantemente:

... y fue esa la primera vez que él se sacó la pantaloneta y se quedó desnudo, de espaldas, mientras desenrollaba su pantalón: la primera vez que le miré todo su culo, rellenito y duro como decía César cuando miraba a Nubia...; pero ese culo de Leonardo, redondo y lisito como las burbujas, yo se lo ví: y a mí me pareció que era más bello.

Y me sentí mal por parecerme eso (Molano, 1992: 28)

Sin embargo, a pesar de esos devaneos, esos cuestionamientos, el protagonista saca en claro que prefiere estar con Leonardo a con otra persona; hay un placer que de alguna manera pareciera querer expresarse y auto-referenciarse. Ahora bien, el cuerpo está en capacidad de ser aprovechado hasta sus últimas consecuencias mediante la experimentación, y dicha experimentación determinará al sujeto tarde o temprano, fijando gustos, placeres, sentimientos, emociones. Esto lo muestra Molano cuando su personaje, Leonardo, comenta que a pesar de haber experimentado relaciones sexuales con mujeres, prefiere estar con hombres, diciendo que estar con las mujeres “es como ganarle a un equipo de fútbol malo”. Una vez experimentó, esa

experiencia condicionó su búsqueda del placer. La genialidad de Molano radica en que sus personajes pudieron ser determinados por su propia experiencia y escaparon en alguna medida a la simple sumisión del discurso ajeno. Eso es posible cuando se leen reflexiones como esta:

El que está aquí tirado, Felipe, es importante. No hace nada. Pero es importante porque está vivo, parece. El abre y cierra los ojos. Y puede mover los dedos...sentirlos pasar por el cabello. Y todo eso. Puede pasar por los dedos esta nariz. Y estos labios. Bajando por el cuello tiene el pecho: debajo el corazón se mueve. Por aquí viene el vientre: si un dedo se mete en el ombligo, duele como una aguja; el aire se mete por debajo de la camisa y se siente el frío, la piel hacerse de gallina por el frío. Debajo de la pretina están los vellos. Y por allá las rodillas. Los pies están muy lejos...: pero están. ¡Dios, yo tengo todo mi cuerpo vivo!...(Molano, 1992: 15)

A pesar de lo evidente y obvio del hallazgo, el pasaje puede leerse como un sujeto experimentándose y tomando consciencia de su propio cuerpo, haciendo aparecer algo que es evidente para los demás pero no para él. Sin darse cuenta, los demás ya tienen una visión de él, de Felipe, como persona, aunque la versión que uno encuentra en la novela sea la del muchacho intentando percibirse a sí mismo, comprendiéndose en su complejidad. Por otra parte, ese mismo pasaje también puede leerse como una experiencia creando la consciencia del sujeto, de su propio cuerpo, hasta llegar a señalar la evidencia de la experiencia: el cuerpo está vivo. Sin embargo, la experiencia no basta para explicar una situación o una conducta. Cuando mucho servirá para reproducirla, pero no para explicarla.

En este sentido, es necesario analizar por un instante qué se proponen las teorías *queer*, partiendo de una de las definiciones más apropiadas que se encuentra en el artículo *La teoría queer: la deconstrucción de las sexualidades periféricas*, escrito por Carlos Fonseca y María Quintero, la cual, dice así:

La Teoría Queer es la elaboración teórica de la disidencia sexual y la de-construcción de las identidades estigmatizadas, que a través de la resignificación del insulto consigue reafirmar que la opción sexual distinta es un derecho humano (Fonseca y Quintero, 2009: 1)

En efecto, lo *Queer* es la intención de escapar a toda definición, a toda estereotipación, al tiempo que al teorizar sobre las sexualidades periféricas, las privilegia sobre la heterosexualidad, dando cierto aire de superioridad a las primeras. En ese sentido lo *Queer* es a la vez genial y problemático. Genial, porque descubre que los gustos sexuales son reproducidos mediante experiencias, y ello significa que el poder es capaz de producir gustos sexuales; problemático porque al reducir el fenómeno a un asunto del discurso social desde el poder, ignora que 1), las parejas heterosexuales eligen serlo y 2), olvida la capacidad básica de un sujeto de cuestionarse a sí mismo. Decir lo contrario, decir por ejemplo que todos nacemos gay y nos volvemos hetero por una conveniencia social es negar la otredad que tanto intenta defender la postura *Queer*. Por otra parte, lo *Queer* es una teoría que no quiere regular, y en ese sentido salva la duda de querer imponer una ley en letras doradas que diga qué se debe o qué no se debe hacer en materia de sexualidad. Sería un contrasentido.

La razón de mencionar esto es simple: Molano entiende este asunto y sin decirlo explícitamente, asume que hay hombres que gustan de las mujeres y viceversa, y que ello no reviste ninguna anomalía. Su problema es otro, y es el gusto que siente y que debe ocultar, ahí sí, por la reprimenda social que implica el ser ‘descubierto’, el ‘salir del closet’. Eso, y que detrás del discurso que lo rige a él, hay un problema con Dios. En la novela, a menudo se encontrarán digresiones sobre “lo que pensaría Dios” cuando vea a Felipe y a Leonardo juntos, así como el hecho de que los personajes tengan sexo precisamente detrás de una iglesia: Molano escribe esto casi como si de una protesta se tratara, una protesta desde la clandestinidad.

Lo que también logra *Un beso de dick* es defender la experimentación como fuente de conocimiento. Es como decir: ¿cómo saber si me gustan los hombres o las mujeres si no se ha besado a uno o al otro? Pero es cuidadoso. No fuerza a que el lector lo haga. De hecho, no es

Felipe quien defiende esta postura, sino Leonardo, el personaje del que tenemos menos información. Leonardo invita a Felipe a que tenga relaciones con una mujer, por si acaso le gusta. Felipe, que ya lo ha intentado, no se interesa por seguir el consejo. Sin embargo, queda la propuesta en el aire para quien la quiera asumir.

En resumen, lo que se encuentra en Molano es un intento por comprensión de la complejidad en el gusto sexual de una persona, de su desarrollo y sus intenciones. En términos foucaultianos, podría decirse que Molano ofrece un «cuidado de sí» para luego poder cuidar del otro. Aquí están en juego muchas cosas, no solo el cuerpo y los placeres que me puedo o no permitir, así como la libertad de elegir una subjetividad, con sus pros y contras; también están en juego la capacidad de *acción* de un individuo para construir esa subjetividad si las opciones ofrecidas no le son suficientes. Podría decirse que Molano aboga por la toma de decisiones basadas en información y en la libertad de la voluntad, como diría Kant.

En consecuencia, y nuevamente en palabras de Foucault, lo que Molano ofrece en su obra es un trabajo sobre sí mismo, un cuidado de sí mismo, que inicia con una construcción de un cuerpo, un adquirir un cuerpo. De nuevo: no es una ley ni una obligación emprender tal adquisición y construcción; se trata más bien de una propuesta que puede servir para hacer la vida llevadera para quienes no la tienen, para aquellos que no comprenden su propia situación, porque una vez se entiende, se pueden dar razones de la elección que se toma. Molano lo intuye y lo dice: Felipe y Leonardo *decidieron* estar juntos; no fueron obligados a hacerlo. Lo que sienten es correcto, y no tendría que haber razones para ocultarse ante nadie más.

Sin embargo, hay que ser precavidos y decir que una objeción perfectamente válida es que la relación de ambos jóvenes pasa por un discurso amoroso, o como mínimo estético. Ese discurso reivindica, a su modo, la relación de Felipe y Leonardo. Así, no hay ahí una convicción ontológica que los hace estar juntos: es deseo, es satisfacción, es placer: en suma, es amor hecho discurso, y en consecuencia, la relación, propiamente dicha, no es distinta de cualquier otro noviazgo de juventud. Y eso es quizá lo que destaca a Molano, el que su obra no quiera mostrar

la “homosexualidad” como algo más “estético” o “superior”. Más bien creo que el interés de Molano es simplemente abogar por la libertad de decidir sobre el propio cuerpo, y crearse, a gusto, una subjetividad.

Por eso, en los términos en que está escrita la novela, se requiere iniciar una construcción del cuerpo y una comprensión nueva del mismo, para evitar el esencialismo del género y los gustos sexuales y para evitar también reducir el tema a un problema cultural, cuando puede ser más amplio y echar raíces no sólo en las minorías sexuales. Esa construcción se realiza por medio de experiencias, en una doble dirección del cuerpo y la experiencia. Se experimenta porque se tiene cuerpo, pero a la vez el cuerpo se crea por medio de las experiencias. Dicho proceso es necesario que se vuelva consciente, para poder dirigirlo en una u otra dirección. Así, en el lenguaje de Molano podemos ver este proceso en la siguiente escena en un diálogo entre Felipe y Leonardo, que inicia este último:

-¿Usted nunca ha estado con una muchacha?!

-No.

-Mal hecho: debería.

-O sea...sí: una vez con una amiga de César mi hermano. Una vez que nos quedamos solos en la casa.

-¿Y qué pasó?

-Es que empezamos...No: ella empezó conmigo, y tatatá y todo eso: sino que...¿No se burla?

-No, fresco.

-Es que no se me paró. O sea, sí se me paró...pero muy poquito. Y entonces no se pudo.

-...

-Y yo me sentía más mal. Porque eso era como tratar de meter un masmelo en una alcancía.

-...

-No se ría, güevón.

-No, yo no me estoy burlando, Pipe.

(...)

-Usted sí ha estado con varias peladas, ¿cierto?

-Sí, varias veces. Como cinco.

-¿Con Magdalena?

-Sí. Y con una amiga que vivía en la cuadra también.

-¿Y qué tal es?

-Es chévere...

-...

-Sí, es chévere. Pero es como ganarle un partido a un equipo malo. (Molano, 1992: 75)

Hay que decirlo hasta el cansancio: al ponerlo en estos términos de experimentación, la discusión no es simplemente sobre los orificios empleados y exhibicionismo, en términos de que me vean con mi pareja en la calle (hablando, claro está, desde una postura “morbosa”). Es el derecho, más simple y más difícil de conquistar, de probar y elegir, sin que nadie interfiera en el asunto. Ahora bien, uno podría pensar que el asunto está resuelto, que cuando Molano escribía esta obra hace veinte años y ahora, hay toda una serie de diferencias, y aunque los gays existían antes, ahora pueden salir en público, tomarse de la mano, darse besitos, lo que significa que ya conquistaron y se apropiaron de un espacio al que tienen derecho al estar en un estado democrático y en el que, como ciudadanos, votan, pagan impuestos, y hacen lo mismo que todos los demás.

De hecho es muy fácil caer en la trampa de volver este asunto un tema netamente político. Y es una trampa porque al asumir ciudadano y homosexual como dos formas de identificar a una persona –y téngase en cuenta que no ocurre lo mismo con los heterosexuales porque se asume que las personas *normalmente* son heterosexuales–, entonces podría uno decir que los homosexuales, y por extensión, las minorías sexuales, ya tienen todos los espacios a que tienen derecho, en tanto se les permite vivir en un territorio a cambio de cumplir con las normas que cumplen todos los demás ciudadanos. Es decir, si pagan impuestos, siguen la Constitución, y pueden aspirar a cargos públicos ¿Qué más espacios que esos?

A las claras surge el problema, y es que aunque esos espacios desde luego deben estar garantizados, el problema que Molano señala persiste. No hay una apropiación del cuerpo, sigue existiendo una presión que se traduce en términos políticos, pero que nace en espacios reducidos

del imaginario colectivo. Ejemplo: los homosexuales no pueden adoptar porque son degenerados y van a violar niños, es el argumento más común cuando se toca el tema. Aquí no hay debate, no hay argumentación: hay un discurso, basado en prejuicios y suposiciones, estableciéndose bajo la forma de una ley, de libre interpretación, y que nace de un reduccionismo.

A mi entender, Molano aporta al debate en un esfuerzo por apropiarse de un cuerpo y comprenderlo. Al construir su categoría, Molano problematiza las nociones de género hombre/mujer, por ejemplo cuando escribe “los diarios son una mariconería”, frase que implica al menos dos consecuencias inmediatas: a) solo las mujeres escriben diarios y b) él no es una mujer. Molano entra en el juego de usar los términos hombre, mujer, masculino, femenino, y sus representaciones comunes para problematizarlas. Así, Felipe es gay pero no se viste como mujer, ni juega con muñecas, ni le gustan las danzas. Todos clichés odiosos, y por esa misma razón es que los emplea, en un intento por construir una subjetividad, con un cuerpo, y una conciencia, que sean individuales y que escapen a la sujeción de un discurso. Molano lo dice clarito: “¿de qué me sirve estar vivo si mi vida no es mía?” (1992).

Tal vez la metáfora, el recurso estético más claro del que echa mano Fernando Molano es al inicio de la segunda parte de la obra, que es con un Felipe en la oscuridad, dado que su padre, una vez descubierto el “problema”, lo golpeó y, accidentalmente, le causó ceguera temporal al caerle aceite de batería de carro en los ojos. Así, el muchacho no puede ver, pero es consciente de lo que ocurre a su alrededor. ¿Qué significa estar ciego? Curiosamente es en ese estado en el cual Felipe decide enfrentar a su padre, y empezar a argumentar, ya no con miedos, sino con los simples argumentos. Y al ser ciego, Felipe se pregunta una y otra vez si hubiera sido posible enamorarse de alguien, de Leonardo, estando ciego. La pregunta es perfectamente válida, y también la salida que ofrece el autor a Felipe es genial: “yo a usted me lo sé de memoria”.

Estar ciego le permite a Felipe también olvidarse por un segundo de cómo lo ven los demás y empezar a prestar más atención a sus sentidos, a lo que su cuerpo le indica. Es allí donde las emociones empiezan a surgir con más fuerza. Ya no se distrae tan fácilmente con el cuerpo de

Leonardo, o con sus ojos, sino en la sensación de alejamiento y el vacío que siente cuando no está cerca. Ya el asunto va más allá de la curiosidad de querer saber quién besa a quién y en qué postura tienen relaciones, porque el muchacho afirma que son sus labios, es su cuerpo, y a nadie le debería importar que lo besen a él. “¿Qué tienen de malo los muchachos?”, se pregunta, con inocencia calculada. Sabe que toca fibras sensibles, sabe de antemano la respuesta a su pregunta: nada. No hay nada de malo con ello, pero no logra que su padre lo vea así. Quizá su tía, quizá su hermano o incluso su madre, pero no su padre.

Desde luego que el amor tampoco escapa a ser un discurso, pero la ceguera que se inventa Molano permite, aunque sea como recurso estético, imaginar cómo sería un cuerpo sin verlo, su propio cuerpo. Esto le permite guiarse por la inmediatez de los sentidos, algo que venía estando haciendo Felipe en todo caso, solo que ahora sin la distracción de los ojos de su familia, o de sus amigos, o profesores. En esa situación, en el hospital, con ardor en los ojos, ciego, es aún más consciente de su cuerpo, de la sed, del cansancio, de las lágrimas, y todo lo que esas señales indican. Tiene cuerpo y está vivo. Pero esta vez algo ha cambiado: ahora tiene la posibilidad de liberarse, por primera vez, de la presión de su familia, de los ojos observadores. Estando ciego no teme ser visto, y eso le otorga una confianza que no tenía antes. Esto no significa que los miedos desaparezcan. Todo lo contrario. Precisamente ahora los reconoce y es capaz de enfrentarse a ellos.

Por lo tanto, uno casi que tiene que ganarse el derecho a tener un cuerpo, cuidándolo, protegiéndolo. Y hay muchas maneras de hacerlo. No obstante, es necesario aclarar que si se privilegia a Molano sobre, por ejemplo, Yukio Mishima, o D. H. Lawrence, es por términos de proximidad geográfica e histórica que señalan otro tipo de problemáticas. Por ejemplo, si para los antiguos el problema era la templanza, ahora el problema puede decirse que es de corte jurídico, moral, etc. Cada época, pues, recoge sus propios problemas y teoriza sobre ellos, buscando respuestas que sean capaces de resolverlos. En consecuencia, *Un beso de dick* ofrece un abordaje al problema distinto, en tanto que como bien señala Daniel Balderston en su trabajo *Baldas de la loca alegría: literatura queer en Colombia*, la literatura homoerótica colombiana reciente destaca por el triunfo de eros sobre tánatos.

Así, Felipe es capaz de reírse de sí mismo, a pesar de que su situación familiar y social no sean ideales. Y también porque Molano hace que su personaje rescate el goce de su relación con Leonardo una y otra vez, que sea capaz de revivir y recordar cada momento como estando presente, dándole un matiz distinto a la situación. Al estar enamorado, al creer que lo está, entonces la percepción de la situación cambia. Es un “si tan sólo pudiéramos...”, que hace que Felipe *imagine* una situación posible. Esto, desde luego, es una acción en potencia, porque al imaginar, Felipe acude a sus recuerdos más memorables, y casi todos son percepciones inscritas en el cuerpo. Incluso cuando recuerda los poemas, los dibujos y las pinturas, las referencias estéticas se remiten a cómo se ve Leonardo hablando de poesía, como se presenta a ojos de Felipe más bello; y el poema de Eliseo Diego pasa a ser un recurso, un vehículo que permite acceder al recuerdo una y otra vez.

En este punto, tomamos prestada una idea de Terry Eagleton, y es que para él, el discurso estético tiene una doble connotación: por un lado, hunde raíces en la experiencia cotidiana y, por otro, desarrolla y eleva la expresión natural a la categoría de disciplina. No obstante, privilegia el nacimiento de lo estético en la corporalidad, cuando sostiene que “lo estético nace como un discurso del cuerpo” (2006). Una relación que podría establecerse es la de Molano con Yukio Mishima, escritor japonés a quien admiraba y que explora el tema del cuerpo como fuente de conocimientos. Mishima, en su novela *Confesiones de una máscara*, muestra cómo opera una suerte de confusión estética a nivel del placer corporal. Dicha confusión aparece también en un su protagonista, un muchachito que confunde la atracción que siente por ciertas figuras con un placer intelectual o estético:

...la naturaleza de los gustos del juguete estaba vinculada a mis recuerdos infantiles, y se centraba en realidades tales como los cuerpos desnudos de los jóvenes que en verano veía en la playa (...) Hasta aquel momento había creído erróneamente que esas realidades sólo ejercían una atracción poética en mí, confundiendo la naturaleza de mis deseos sensuales con un sistema estético (2002: 16)

En efecto también se trataba de un placer estético. Así pues, no es casual que Molano haya elegido para la que es una de las escenas más estéticas de su novela el poema de Eliseo Diego y un cuadro de Da Vinci. El poema está describiendo el cuadro, lo está *narrando*. Al mismo tiempo, Leonardo, al recordar lo que opinaron del cuadro y del poema, al recordar la situación, los está narrando a los dos. Molano imita a su maestro Mishima, quien había elegido un cuadro de Guido Reni, el San Sebastián. El goce estético está presente en el cuadro con la descripción erudita –para un niño de doce años– de que el cuadro era una representación del sacrificio cristiano pero a su vez, por estar hecho por un pintor que pertenecía al Renacimiento, “desprendía un fuerte aroma a cultura pagana” (Mishima, 2010); también porque el mismo niño, luego de investigar sobre la vida de San Sebastián, escribe un poema en prosa dedicado al santo. Sin embargo y como bien lo dice Mishima, el goce estético se mezcla y se confunde con el goce voluptuoso. Dando lugar a la escena final:

Aquella parte monstruosa de mi ser que estaba a punto de estallar esperó que la utilizara, con un ardor sin precedentes, acusándome por mi ignorancia, jadeando indignada. Mis manos, de forma totalmente inconsciente, iniciaron unos movimientos que nadie les había enseñado. Sentí que algo secreto y radiante se elevaba, con paso rápido, para atacarme desde dentro de mí. De repente estalló y trajo consigo una cegadora embriaguez (...) Ésa fue mi primera eyaculación. Y también fue el principio, torpe y totalmente imprevisto, de mi «vicio» (Mishima, 2004: 18)

Esa confusión es lo que permite que Molano y Mishima puedan ir de un lugar a otro, es decir, de descripciones estéticas «desinteresadas» a escenas cargadas de alto erotismo. Por tanto, la escena entre Felipe y Leonardo que tiene lugar a continuación es un referente importante: es su primer encuentro sexual, que tiene lugar en un parque a horas de la madrugada. También es importante resaltar de dicho encuentro la conclusión que saca Felipe, y es que a pesar de todo, “es como delicioso doler así”. La escena es la siguiente e inicia con Felipe hablando:

-Vea cómo me tiene usted...

-Se ve muy rica.

-Qué dura, ¿cierto?

-Sí...muy dura -me dice, y me va desabrochando la pretina.
-¿Qué hace?
-¿Qué cree?
-...
-...Voltéese
-¡No!: ¡qué tal!
-Voltéese, güevón...
-...
Dios, ¿se volvió loco este tipo?...¿Qué hace?: ¡¿aquí en la calle?!
-¡Mijj!
¡Mal-di-ción: cómo duele!
-¡¿Le duele?!
-No...
¿Me quito?...
-No, no se quite...
¡Por qué se va a quitar si lo que usted quiere es darme, bonito!...: sólo es cosa de apretarse la mejilla contra el árbol...bien fuerte...
-¡Qué culo el suyo, Felipe...!
-...
Dios, ¿por qué tiene que doler tanto?
-Estése quieto.
(...)
De verdad: sí es como delicioso doler así... (Molano, 1992: 52)

Con todas estas referencias, lo que puede decirse es que Molano construye el cuerpo de su protagonista en referencia a su propia interioridad y con relación a los otros. Siguiendo a su maestro Mishima en otro texto titulado *El sol y el acero*, de alguna manera Molano consigue, por medio de la descripción de lo doloroso que resulta la relación sexual, alcanzar un estado que propone el escritor japonés en dicho texto: "Dentro de un mismo cuerpo, debe ser aceptado sin vacilación el colapso de los principios fundamentales de la vida y de la muerte" (2010: 57). La vida es el placer y la muerte el dolor, si contraponemos los términos. Hay que hacer colapsar esos

principios y ver qué queda en pie. Lo que queda, lo que debería quedar es una estructura donde se guardan las emociones, los recuerdos, el tacto. Molano es muy hábil en la construcción del cuerpo de Felipe: éste se masturba con solo recordar un golpe que le propinó Leonardo. Ese tipo de detalles hacen que el recuerdo sea vívido una y otra vez.

Sin embargo hay que recordar que dicha construcción del cuerpo queda inconclusa, en cierto sentido, toda vez que dichas actitudes son de cierto modo inconscientes. Es decir, Felipe hace caso a su cuerpo, en la medida en que éste le indica en qué dirección ir. Pero no hay una apropiación consciente toda vez que Felipe no ha sabido formarse una opinión de qué es lo que quiere. Esto lo hará en la segunda parte de la novela, precisamente cuando queda ciego, y al pasar esto, la relación de Felipe con los demás cambia. Una vez eso ocurre, la actitud del personaje no cambia, sus emociones no cambian, pero su manera de percibir la situación sí, tanto que ya no tiene la referencia de los demás, ni de qué piensan o les parece, y todo a lo que puede acudir es a la inmediatez de su propio cuerpo; al prestarle atención, entonces, lo gana, lo construye.

Y a pesar de todo esto, queda otra pregunta. ¿Por qué construirse a sí mismo una subjetividad? Ese ejercicio parece no tener sentido, o al menos quedar incompleto, si no se es reconocido como tal. Cuando Foucault habla de gobernarse a sí mismo para gobernar a los demás, cuando sostiene que no hay manera de relacionarse consigo mismo sin relacionarse con los otros, presupone una relación en la que los otros reconocerán el gobierno ejercido y reconocerán al individuo que cuida de sí, respectivamente. Yo soy lo que yo creo que soy, al mismo tiempo que soy lo que los demás creen que soy. ¿Cómo establecer una correspondencia entre ambos puntos? Allí es donde los problemas más graves aparecen, pues el reconocimiento empieza por el cuerpo pero lo sobrepasa, y por eso la ceguera funciona, en principio, como una suerte de *línea de fuga*. Por ejemplo, por la forma, puede reconocerse a un humano, pero las diferencias empiezan a establecerse. Así, un travesti ha debido ser “amorfo” antes de que existiera la categoría travesti. En ese sentido, una noción de Judith Butler es bien interesante: hay ocasiones en que ser deshecho es una experiencia positiva (2004). *Deshecho* aquí significa no ser reconocido como un género específico: es casi como un no-ser. Nos reconocemos en la medida en que nos correspondemos a una forma y a unos órganos biológicos. Sin embargo, el recurso biologicista es incompleto, porque alguien malformado o con problemas genéticos no sería una ‘persona’.

En todo caso, esa idea de ser reconocido en la medida en que no se encaja es una noción interesante, y es una manera de afrontar el problema. De hecho Molano propone algo similar en tanto él quiere ser reconocido como él, sin que se lo identifique con un estereotipo. Por ejemplo, que le gusten los hombres no significa que esté inhabilitado para jugar fútbol. Los problemas, las relaciones problemáticas entre sexo y género aparecen en toda su expresión, y lo que Felipe parece exigir es no tener que esconderse, pero tampoco asumir un rol que no le corresponde. En consecuencia, no solo hay que cuidar de sí, hay que lograr un reconocimiento por parte del otro. De lo contrario, el sujeto queda reducido al espacio de la clandestinidad o en el mejor de los casos, a la periferia, es decir, lugares de reunión de homosexuales-travestis-transgeneristas, que se reúnen en puntos específicos a ejercer su derecho de vivir su vida como les plazca.

Por tales razones se puede decir que el cuerpo se crea a partir de la individualidad de cada quien, mediante una conciencia de sí, que permite a un sujeto entenderse y proyectarse en el mundo de una manera específica. Creo que sin forzar mucho las cosas, Foucault y Molano estarían de acuerdo en que apropiarse del cuerpo propio es una tarea ardua, que requiere una comprensión y un trabajo constante sobre sí mismo, y dicho trabajo consiste en experimentar con él, conocer sus gustos y disgustos, alimentar placeres y dolores, con la intención de aproximarse lo más posible a la construcción de una subjetividad, con unos recuerdos, unas experiencias y unos sentimientos y placeres que determinen dicha subjetividad que he creado, que a la vez determina al sujeto y lo hace lo que es, ante sí y ante los demás. Cómo se da ese proceso de reconocimiento de los demás es un tema que se explorará en el siguiente capítulo.

Por tanto, la categoría cuerpo aparece en Molano cuando describe su propia percepción y la de los demás, y es capaz de ir de un lado al otro para comprender diferencias y establecer similitudes. Es decir, Molano se remite al asunto estético y al placer erótico, pero va más allá al establecer vínculos entre los personajes que no pasen por esta materia. No en vano su obra está dividida en dos partes, y en la segunda, es donde se verán otros temas, y donde Felipe, primero recluido en el hospital, y luego en su propia casa, empieza toda una serie de preguntas que apuntan en la dirección del reconocimiento como experiencia del deseo. Aún más, creo que no es

casual que Molano eligiera, como primer escenario de la segunda parte, un ambiente donde el personaje está recluido en su propia casa como si estuviera en un hospital, ya que de alguna manera ejemplifica el confinamiento, la reclusión, el ser apartado por ser diferente.

Entonces queda la pregunta de si es absolutamente necesario ser recluido por ser diferente, o si hay alguna manera de equilibrar ambas cosas sin perder la diferencia. Por ello, el segundo capítulo de esta investigación se encarga de describir las formas de percepción ofrecidas por Molano en *Un beso de dick*, como respuesta a la pregunta: **¿qué hacer para que me reconozcan como quiero que me reconozcan?**

II. CONSTRUYENDO LA PERCEPCIÓN

2.1 Introducción

En este capítulo la intención es describir las formas de percepción utilizadas por Molano Vargas como una propuesta a un problema práctico: **¿qué hacer para que me reconozcan como quiero que me reconozcan?** Dicho problema es asumido por Molano y ofrece una respuesta desde la literatura, de tipo estético, al escribir su novela *Un beso de dick*.

Para esto, quisiera empezar explorando la siguiente idea: toda literatura homoerótica es, ante todo, erótica. Esto quiere decir, que privilegia el cuerpo y los sentidos por encima de cualquier discurso que de él se tenga. Las implicaciones de esto son una gama de posibilidades en las que a lo que se apunta es a una búsqueda -y eventual hallazgo- de placer como forma de conocimiento del cuerpo. Ahora bien, una vez este conocimiento ha sido asimilado, comprendido por el sujeto, la representación y la satisfacción son una posibilidad que puede traducirse en una práctica y en una forma de vida, en el sentido en que las condiciones en que el cuerpo conoce el placer son variables, dado que no siempre el cuerpo está buscando los mismos placeres. Conocer esto, identificar esta diferencia, hace a los sujetos más conscientes de su propia subjetividad corporal.

En consecuencia, el gran aporte de la literatura erótica ha sido explorar las posibilidades de placer a través del estímulo de la imaginación, ya que eso ha permitido que, en primer lugar, los límites cambien y en segundo, que el cuerpo no sea considerado como una entidad acabada y limitada. Si se quiere puede uno decir lo mismo de la literatura y el arte en general, en cuanto que a través de la imaginación el humano ha soñado con volar, logrando aviones, o ver debajo del agua, creando dispositivos que se lo permiten. Así, la imaginación, junto con el deseo de eliminar los límites, es lo que ha permitido tales cosas, que se traducen en artes, ciencia, conocimiento, y por qué no, en una comprensión de la vida. En ese sentido, la literatura erótica tal vez apuesta por el cuerpo cuando busca un conocimiento más inmediato, tratando de entender por qué ciertas cosas pueden

producir placer y por qué otras no. O por qué algo que usualmente es agradable y es placentero en un momento determinado no lo es.

Otra contribución de la literatura erótica ha sido el desarrollo, o la intención al menos, de crear una unidad entre la comprensión del cuerpo y la comprensión cognitiva. No se trata, pues, de asumir que hay un conocimiento mejor que otro. Lo que hay es una comprensión del cuerpo, y de la vida, si se asume que es por y a través del cuerpo que se accede al mundo y que se experimenta, y al hacerlo, que se comprende. Tal vez por ello la insistencia de Foucault en un regreso a los griegos y su comprensión global del universo. Al comprender algo es posible hacer uso de eso que se comprende, dominarlo, y un dominio del cuerpo podría llevar a un mayor control sobre los sentidos, las emociones. Al menos así es como lo entendían los griegos, desde la lectura que hace Foucault.

Esto merece mención porque así como el filósofo francés realiza su análisis de la sexualidad basándose en textos de la antigüedad puramente prescriptivos, si lo que se pretende es una comprensión global, entonces no podría dejarse de lado textos eróticos. Además, habría que justificar por qué para el presente trabajo se escoge, en el segundo capítulo, una lectura estética, distanciándose un poco de la lectura de género que se realizó en el primero. La razón de esto, es que ofrecer la estética como un posible abordaje al cuerpo humano y su complejidad cumple una función de sensibilización que no alcanza el discurso científico, biologicista. Un abordaje estético alcanza un nivel diferente de comprensión: un abordaje literario se apoya en la experiencia. Un ejemplo clarifica un concepto. Esto no quiere decir que se está proponiendo cambiar una cosa por la otra. Ambos abordajes deben existir, pero en el caso que se analiza, la riqueza de las novelas homoeróticas es que se apoyan en experiencias cotidianas y en la imaginación para, desde allí, representar otras situaciones.

En ese sentido, es lícito imaginar distintos escenarios a partir de lo que ofrece *Un beso de dick*. Por ejemplo, ¿qué pasa si el día de mañana nace otro tipo de representación del cuerpo? No hablo ya de otra orientación sexual, sino por ejemplo, que alguien no se identifique con ninguno de los

dos géneros, y quiera crear el suyo propio, o no quiera crear una identidad sexual en absoluto. O ¿qué tal si el cuerpo humano evoluciona? ¿Qué pasa entonces? Defender la imaginación es defender la preparación para un terreno posible, por descabellado e improbable que parezca.

Esto se menciona como parte introductoria, porque la creación de *un beso de dick es* la respuesta de Molano para ser reconocido. Es decir, en lugar de discutir con conceptos, su intención es crear un personaje verosímil, y hacer que el lector se ponga en los zapatos del protagonista, y viaje con él, que lo escuche. Es como tener una conversación, y por eso el ejercicio de reconocimiento es válido, entre otras porque no se sabe si al leer un libro habrá un lector que se lea a sí mismo en la historia. Tal vez sí, tal vez no, pero vale la pena intentarlo.

2.2 Reconocimiento como experiencia del deseo

Para entrar en materia, retomamos la novela de Molano en un punto específico: Felipe es *descubierto* en su relación con Leonardo, pero se niega a revelar el nombre de su pareja, por lo que su padre lo golpea y al caerse, accidentalmente se quema los ojos con líquido de batería para carros. Felipe es enviado al hospital, con quemaduras graves, y con tristeza en el corazón. Curiosamente, en el hospital solo aparecen dos personajes: el papá de Felipe y su hermano mayor, los dos varones de la casa. El padre reacciona iracundo ante las respuestas de su hijo, mientras que su hermano César solo se limita a llorar, sin que se sepa muy bien por qué.

Al hacerlo, Molano pone a Felipe en un problema que hasta ahora solo había tenido que enfrentar de manera teórica: ¿cómo reaccionaría su familia si *supieran*? Hasta ahora, había sido un juego, una suposición. Ahora los gritos son reales, las lágrimas, las peleas, todo es real y debe enfrentarlo. Eso implica que el personaje empiece, indefectiblemente, a incluir en su propia percepción la de otros, la de las personas que le importan. No obstante, como ya tenía una idea que había ensayado en sus largas meditaciones, cuando llega el momento no se puede titubear.

Felipe debe enfrentar a su padre y ganarse el derecho a ser libre a los ojos de este. La discusión que tiene lugar en el cuarto del hospital tiene elementos que permiten ver que mientras Felipe organizó sus argumentos, su padre no, porque para él la cosa estaba clara. No vio venir lo que ocurría con su hijo (si es que algo raro ocurría) y salta en cólera. Sus razones son juicios morales, basados en fundamentos inamovibles religiosos, como es “lo natural” o “lo correcto”. En ese sentido no importa que haga Felipe, su padre no aceptará que su hijo es homosexual. Por eso le dice que “un gato no se puede enamorar de un pájaro”, y la respuesta de Felipe es un simple “no me enamoré de un pájaro” (Molano, 1992, 126)

Las preguntas que plantea Molano en esa discusión con su padre son del tipo normativo y de lo que es considerado “natural”. Felipe es libre de desear, pero no es libre de buscar placer libremente, sino que debe seguir los esquemas heteronormativos, o consolarse con la clandestinidad del pensamiento. Tiene que resignarse a la experiencia íntima; y dicha experiencia es la que aparece cuando Leonardo lee el poema de Eliseo Diego: “Leonardo me mira de pasada..., y es como si estuviéramos solos en otra parte” (Molano, 1992, 91). Por lo tanto, es lícito decir que esta visión no niega que el sujeto se perciba a sí mismo. Lo que muestra Molano es precisamente lo opuesto: Felipe, lejos de identificarse con una sexualidad, cuestiona las definiciones establecidas desde la postura del amor y la felicidad.

Esta vida es tan rara: ¿por qué se enamora uno de alguien? O sea: ¿por qué me enamoré de Leonardo y no de Libia?, ¿y por qué se enamoró Fabio de Patricia y no de Leonardo?, ¿y por qué se enamoró Carlos de Maritza y no de mí, o de Lucía?... Eso sí no lo entiendo: ¡cómo no me he enamorado yo de Lucía! ¿O sí? Tal vez sí: porque yo a Lucía la quiero mucho: a mí me gusta que ella esté bien, y cuando ella está triste a mí me parece que yo también estoy triste, y todas esas cosas (Molano, 1992: 149)

Molano empieza a confundir, a propósito, el amor con el deseo, ambos como formas de afecto hacia otra persona, para lograr resquebrajar el esquema en el que está metido. Así, el ama a Lucía, pero no se quiere acostar con ella, no la desea sexualmente. Este tipo de prácticas son constantes en la obra de Molano, para mostrar cómo el discurso que lo regula se quiebra en su

lógica interna, y lo que resultaba natural y evidente se vuelve confuso y problemático. Al poner en evidencia esto, existe la posibilidad de que sea reconocido en su diferencia.

Antes de exigir el reconocimiento, lo que hace Molano, en última instancia, es hacer consciente el proceso mediante el cual el sujeto se percibe y trata de identificarse, en este caso, con una sexualidad y, de no lograrlo, de construirse una. Esta respuesta viene dada por una necesidad individual y colectiva que, en el caso de Felipe, se traduce en hacerse una vida llevadera, en el hastío que produce ocultarse y en el hastío que produce que otros le digan quién es él: “Y a quién le importa si son mis besos. Si mis labios son míos. Y son de Leonardo. Si cuando Leonardo muerde mis labios, son mis labios los que muerde. Y no los de papá. Ni los de nadie” (Molano, 1992, 111). Por tanto, no es una opción, para Felipe, el uso privado de su sexualidad.

Curiosamente la primera parte de la novela es toda erótica, en el sentido en que Felipe escucha a su cuerpo y lo obedece en sus impulsos, como reconociendo una situación que su cuerpo ya conocía de antemano y que Felipe hasta ahora identificaba. En esta segunda parte, lo que ocurre es lo contrario: ahora Felipe sí quiere entender, y sí se preocupa por saber, ya no desde su cuerpo, sino desde la totalidad de su vida, qué es lo que ocurre con él, y dónde está lo malo. En el fondo, en esta segunda parte especialmente, hay un deseo de reconocimiento por parte de su familia. Pero acá aparece su conocimiento estético con más fuerza, porque ya no se trata de cuán atractivo le resulte Leonardo, sino de cuánto lo extraña por ser Leonardo. Se trata de una autocomprensión e interiorización de cómo proyectar su vida hacia el objeto de deseo, o cómo ser feliz, si se quiere.

Y es que esa pregunta es la que aparece implícita en toda la novela: cómo ser feliz. Felipe se cuestiona, y al mismo tiempo, detesta que no pueda tomar decisiones que en su juicio lo afectan exclusivamente a él. “Los papás siempre están haciendo con uno lo que se les da la gana...” (Molano, 1992, 111). Esa afirmación tiene que ver con la decisión de su padre de cambiarlo de colegio, ante lo cual lo que está en juego termina siendo no solo la sexualidad sino la vida de Felipe. Si no puede decidir por él mismo, no puede actuar, no es libre. Entonces alguien decide

por él, aunque no esté muy claro en razón de qué el padre tenga derecho a tomar esa decisión. Al menos, basándose en los motivos en los cuáles se basa el padre de Felipe.

Molano, desde la literatura, muestra quién ejerce el poder, cómo lo ejerce, y también muestra cómo quiere ser reconocido por ese poder, en este caso, por el padre. Para que dicho reconocimiento se lleve a cabo, Felipe tiene que aprender a exigir qué es eso que quiere mostrar, cómo es que quiere ser reconocido. Tal vez esa es la razón por la cual Molano, mientras escribía su novela, ubicó la confrontación del padre con el hijo en la segunda parte, como sabiendo que era inevitable, toda vez que Felipe ya se sentía agotado de esconderse, y de preguntar constantemente por qué tenía que esconderse.

En el terreno de lo público, el cuerpo no pertenece al sujeto que lo posee, sino que se (auto) regula por las normas sociales preestablecidas y los discursos de poder que se asumen poseedores de verdades eternas. Mediante una vuelta al cuerpo, se pueden comprender otras posibilidades de gusto sexual que no se hayan considerado y, por tanto, otra manera de comprender el cuerpo y potencializarlo. Esto lo señala Molano cuando revela mediante su protagonista que éste intentó tener relaciones sexuales con una mujer pero no se sintió a gusto. Aún más: no hay nada que señale que Felipe ya había estado con otros hombres antes de Leonardo, lo que es sugerido por el autor Felipe le confiesa a Leonardo “a mí solo me gusta usted”. Esto indica al menos una disposición de aprendizaje, de identificación y de reconocimiento de algo que su cuerpo sabe pero que él, Felipe, en su subjetividad, es ignorante aún.

Ahora bien, Felipe realiza estos descubrimientos en la soledad de su intimidad. Cuando se acaricia, o recuerda, o imagina, está siempre solo, incluso si está rodeado de personas. Es condición necesaria para proyectarse, para ser. En ese sentido, lo que hace la novela de Molano es que permite a su personaje cuestionar y cuestionarse sobre su sexualidad, y así Felipe se pregunta por qué no se enamora de Libia, si es tan bonita, o algo más simple, como su pregunta de cómo harán los ciegos para enamorarse. Estos cuestionamientos señalan un pensamiento que apunta en una dirección: Molano no quiere caer en el error de asumir el cuerpo y la subjetividad

de Felipe como hechos acabados. Es decir, por un lado, Felipe cuestiona los fundamentos de la sociedad en los que dos muchachos besándose son un problema, pero también se cuestiona a sí mismo. Llevando más lejos esta idea, lo que hace Molano es complejo, y se trata de cuestionar el determinismo biológico, al tiempo que cuestiona los discursos sociales.

No estoy diciendo que esa sea su intención, pero ciertamente es una lectura que puede hacerse de la novela *Un beso de dick*, en tanto que el protagonista constantemente pregunta hasta las últimas consecuencias. Y al hacerlo, al cuestionar, evita caer en el dogmatismo. Por lo tanto, Molano no está diciendo en su novela que el hecho de que a él le gustan los hombres lo haga en alguna manera mejor, ni ataca directamente los discursos sociales en cuanto tales, entre otras cosas porque el protagonista, al fin de cuentas, lo que quiere es un reconocimiento por parte de su familia y su círculo social, un aval que sólo puede obtener mediante una correspondencia entre su propia vida y dichos discursos. En ningún lado Molano insinúa siquiera que sea necesario acabar con los discursos de sexualidad o con las creencias religiosas. Por ejemplo, él quiere, como sus compañeros, una pareja, y experimentar su sexualidad, y jugar fútbol, y todas las cosas que hacen sus amigos. Lo que no quiere es tener que esconderse, ni tampoco quiere que le den una mirada diferente cuando lo vean con Leonardo.

Entonces, ahí aparece un concepto en Molano que es bien interesante: la mirada. Una vez que Felipe no puede ver, ya no se puede preocupar por cómo lo ven, que es en gran parte el dilema de la novela. Al carecer de esa preocupación básica, empieza a ver las cosas con otros ojos, y empieza a buscar respuestas de cómo es que quiere él ser reconocido. Al mismo tiempo, empieza a encontrar herramientas que le permiten discutir con más propiedad lo que antes eran solo preguntas. Incluso la ironía aparece, porque se entera por sus compañeros que la reacción de las autoridades del colegio, al conocer el “caso Felipe”, fue mandar a todos los varones a cortarse el cabello. La reacción por parte de Felipe es de burla; la acusación de Molano es la de ignorancia.

En este caso Felipe no puede mirar por sí mismo lo que ocurre en el colegio, pero se lo cuentan sus amigos. El ambiente está enrarecido, se aumentaron los controles, tanto en los modos de vestir como en las actuaciones. Es, pues, en el plano social donde las regulaciones son aún más visibles y, en la medida en que coartan la acción coartan la libertad. En efecto, si lo que quiere es mostrarse la percepción que tiene Felipe de sí mismo, sólo tenemos su voz para que nos cuente él mismo lo que él es, cómo se ve y qué siente. Nunca aparece alguien hablando de él, nunca hay otra voz distinta a la de Felipe. Sin embargo, él no se percibe como un «yo» aislado, sino precisamente en función de los otros, a veces como amigos, a veces como familiares, a veces como profesores: siempre en relación con alguien. Esto hace que finalmente él no sea él, en ocasiones, sino que sea él con, y eso regule su comportamiento.

Una vez que queda ciego temporalmente, los prejuicios se van disminuyendo, y durante ese periodo su manera de acceder al mundo es a través del oído. Durante la novela la única voz que tenía el lector era la de Felipe, y aunque siempre será él la voz principal, en un pequeño espacio él es capaz de oír a los otros y no sólo a su propia voz. Por eso se da cuenta de que su padre lo quiere cambiar de colegio, y por eso sospecha que cuando llega de visita su tía, no es propiamente una casualidad, y que los padres la han debido llamar para algo. Esta nueva propiedad, la de la audición, es en parte, la que reclama ya no Felipe, sino Molano, para estos casos. Es que el escritor colombiano está poniendo en duda al lector, lo quiere cuestionar, y quiere que abra sus oídos y escuche una voz de alguien que quiere ser escuchado.

Felipe a su vez se queja de la falsedad con que la psicóloga de su colegio ofreció escucharlo, ya que su punto de partida fue asumir que el niño estaba confundido, que algo había dañado y que era reparable. Le dice -y Felipe critica- que él aún no sabe cuál es su “papel”, a lo que él responde que no está en ninguna película. Lo que le molesta a Felipe -y quizá a Molano- es que el punto de partida sea asumir que él es un tonto, un ignorante, que no entenderá, que está confundido o cualquier otra cosa similar. Nadie se le ha ocurrido abordarlo a hablar con él sin ninguna intención detrás. Todo esto es cierto salvo por la tía.

La tía es, probablemente, la única persona que no muestra un sufrimiento, sino una comprensión desinteresada. La única persona con quien Felipe si puede hablar y ser escuchado, la única en la que él se siente libre de hablar. Y es en ella donde él se muestra tal y como es, sin metáforas, sin ambigüedades, la única persona que le reconoce tal y como él quiere verse. Ella es la que lo ayuda a que salga de su casa con el pretexto de que irá a llevarlo a algún sitio, cuando en realidad lo que ella hace es que lo lleva a donde Leonardo, que es todo lo que él quiere hacer: verlo. Desde luego, Leonardo también lo reconoce tal y como es, aunque se suele disfrazar la ternura con bromas que se hacen entre ellos. Además, la tía está afuera del círculo de ellos dos, por eso ella encarna un discurso distinto al de los demás personajes, un discurso que no es juez, sino oyente. No obstante, en ningún momento se dice que sea fácil, lo que ennoblece la actitud de la ella hacia Felipe y Leonardo, quien pese a su crianza, se esfuerza por apoyar a su sobrino:

Yo me imagino todo y...me parece bello. O sea, yo me imagino al otro muchacho y lo imagino hermoso...y los veo a ustedes dos juntos: y entonces todo me parece bello. Y limpio (...) Pero me pone un poquito triste también. Imaginarlo me pone triste. Es muy curioso (Molano, 1992: 139)

Ese pasaje muestra el esfuerzo que debe hacer ella para aceptar un hecho en el que, a juicio de la tía, probablemente no haya nada que reprochar, pero que a la vez la entristece. La tía representa una «línea de fuga» del estado de represión que se va creando en el entorno familiar de Felipe. Y es con la aparición de la tía que la novela cambia el tono de tragedia a uno algo más «alegre», por decirlo de algún modo. Eso hace que la novela tiene un final abierto, y en consecuencia, deje espacio para que se interprete de nuevas maneras; le deja un espacio al lector para que constituya, o al menos imagine, una posibilidad para la pareja de muchachos, o para su propia vida. Molano involucra al lector a que tome parte activa en la situación, porque precisamente entiende que una cosa es lo que él ha podido escribir, y otra lo que los otros verán. Y esto está bien, ya que Molano no quiere imponer su visión, sino se interesa en que el lector se haga cargo de comprender y crear su propia vida, a través del reconocimiento de las categorías que validan a los otros, y por tanto a sí mismos.

Es en este punto donde debemos acudir a un concepto del filósofo francés Didier Eribon, y es el de estética de la existencia. De alguna manera la estética abre la posibilidad de crearse a sí mismo y emprender la búsqueda, creación e identificación de una subjetividad. El orden en este proceso quizá no existe o no es único, y por esa misma razón, preferimos hablar de construcción, a través de vivencias, sueños, intuiciones, relaciones sociales, etc. Si se traslada esta reflexión a *Un beso de dick* es posible rastrear el proceso de evolución del personaje y describirlo así: primero, busca una subjetividad; luego, se identifica parcialmente con el homosexualismo, en tanto rechaza toda interpretación que sugiera que él deja de ser ‘hombre’ y al final crea su propia subjetividad, donde asume un rol en el que desea establecer una relación con su pareja y que al tiempo se desempeña en otros ámbitos de su vida social, como jugar al fútbol, o lo relativo a su desempeño académico, su relación con los profesores, sus deseos de escribir películas, etc. Suena obvio, pero no lo es tanto: ser homosexual no implica menos hombría, menos fuerza, o cualquier cosa que indique delicadeza.

El problema de estos términos es que presuponen -y al hacerlo, validan- los géneros y sus correspondientes sexos, como si pegarle duro al balón fuera símbolo de masculinidad. Ahí es donde las teorías *queer* intentan socavar el sentido ‘natural’ de los conceptos, que permean la discusión y que de alguna manera la entorpecen. Es así que Molano valida y reproduce los clichés del género y el sexo, y al hacerlo, problematiza dichos clichés. Es decir, a pesar de ubicar y exponer las diferencias entre hombres y mujeres, también problematiza estas diferencias. Que se sienta sexualmente atraído a los hombres no lo vuelve una ‘mujer’, y esto lo expresa con frases odiosas como “los diarios son una mariconería” (en el supuesto, desde luego, que solo las mujeres escriben diarios, y así, el término “mariconería” termina siendo una referencia a la mujer).

Otro tanto ocurre con el poder. Molano no desconoce en ningún momento las autoridades, y hace que su personaje las identifica rápidamente. Pero no lo hace en abstracto todo el tiempo. Más bien, identifica los discursos a través de personajes. El profesor de religión se refiere a los pecados de la carne, el de matemáticas dice que no sabía que Felipe tenía “esos problemas”, en

referencia a su gusto por los hombres, y su padre representa el poder en general, en abstracto, el resumen de cosas que le prohíben hacer.

En este asunto un descubrimiento de Foucault es que el poder está en toda relación social, y no se ejerce sobre «agentes pasivos», es decir, que al estar en relación está condicionado y condiciona aquello que regula. Si se establecen equivalencias en el ejemplo de Molano de mandar a los varones a cortarse el cabello cuando se “enteran”, en lenguaje foucaultiano, el poder equivale al colegio, y Felipe es la «resistencia»: ambos se condicionan mutuamente, por tanto la resistencia obliga al poder a ejercerse, y porque el poder se ejerce aparece(n) la(s) resistencia(s). En palabras de Eribon, es así:

La fuerza del poder sólo existe y cobra sentido porque encuentra «puntos de apoyo» en focos de resistencia, pero hay que añadir al instante -y estos dos niveles son indisolubles- que el poder, en cuanto se ejerce, genera focos de resistencia. En suma, las relaciones de poder son «estrictamente relacionales» (1999: 434)

En ese sentido, Felipe «reacciona» contra el poder que se ejerce sobre él, aunque no propiamente en negativo. De hecho su resistencia justifica ese poder; después de todo, él lo que busca es poder tener una relación sentimental con Leonardo, y dicha relación, por sí misma, pasa por el poder como práctica discursiva. Es decir, ¿dónde dice que las personas deban tener pareja? Sin embargo es parte de lo que él desea, sin el ocultamiento que eso implica, y así justifica una de las tantas maneras en el que el poder se ejerce. Al mismo tiempo, Molano establece una reacción frente al poder a través de Leonardo, y con todo el goce estético que sintió leyendo el poema de Eliseo Diego, en el cual disfraza a Felipe y lo llama “mi amiga”. Hacer esto es lo que no quiere hacer Molano, pero es una manera novedosa y creativa que tienen los dos muchachos de expresarse afecto sin pasar por el problema que implica la “confesión”.

Con esto, lo que quiere decirse es que no está el poder por un lado y la resistencia por el otro, sino que hay una correlación entre ambas «fuerzas». Un hallazgo fundamental de no separar ambos conceptos lleva a Foucault a darse cuenta que una manera de “resistir” al poder es

resignificando un discurso y apropiándose, que es lo que muestra Molano en la discusión entre Felipe y su padre. Así, este último intenta establecer un criterio natural y biologicista y fracasa en el preciso momento en que compara a su hijo con un pájaro en su argumentación; luego, intenta hablar de amor, que es también un discurso, lo conecta al concepto de felicidad, y vuelve a fracasar cuando Felipe argumenta que en efecto, es feliz, y que nadie puede decir “no, usted no es feliz”, o “usted no está enamorado”, como señalando algo muy íntimo de cada persona y que es necesario meditar una y otra vez: nadie puede decirnos qué sentimos ni cómo nos sentimos salvo nosotros mismos. A esto último al padre no le queda otra opción que decir: “usted no sabe que no puede ser feliz así”, por lo tanto, afirmando la equivocación de su hijo, da por terminada la cuestión.

Algo que vale la pena notar aquí es cómo Molano propiamente no construye en su novela una forma novedosa de reacción, es decir, no se vale de herramientas distintas a los discursos que le son aplicados con sus resultados; en otras palabras, si la psicóloga ofrece ayuda y lo patologiza; si su padre lo trata como a un ignorante que no sabe qué desea; si sus profesores le dan mirada que mezcla el asco con la condescendencia, todos esos son resultados de discursos, y así como esos personajes reaccionan frente al poder, Felipe también es un foco de reacción y resistencia frente a ese poder como discurso. Por tanto Molano, a través de su protagonista, lo que ofrece es el uso de los argumentos esgrimidos en su contra y los usa en su favor. En este orden de ideas, no hay una negación del discurso del poder, que en todo caso está en todas partes, sino una apropiación de las ideas y conceptos que le sirven para usarlos en su favor.

En efecto, dicha apropiación realizada por Felipe pasa obligatoriamente por el poder, y hasta su propio deseo, su necesidad de Leonardo, por decirlo de algún modo, es también una respuesta al poder. Ese es uno de los descubrimientos de Foucault, a saber: el deseo como una producción del poder. Otro tanto ocurre con el deseo de ser reconocido por los otros, que vendría a ser otro de los temas desarrollados por Foucault posteriormente, cuando desplaza su preocupación sobre el poder a la pregunta quién lo ejerce, y más específicamente, quién puede *hablar*. Esto es porque ha reconocido que es mediante los discursos que se generan «sujetos» con toda una serie de cosas, como lo son el deseo, la manera de sentir y ver el mundo, etc.

Desde luego, esas relaciones de poder, con sus focos de resistencia, discursos, deseos, formas de sentir y todo el entramado de relaciones son creaciones. Diría Foucault que a través de nuevas formas de deseo, es posible crear nuevas formas de relacionarse unos y otros. Si se quiere llevar el argumento lejos, puede uno decir que si un sujeto es un foco de resistencia que reacciona frente a un discurso específico de poder, al tiempo que lo asume, y esa relación termina determinándolo, el sujeto, indirectamente, se está creando a sí mismo. Quizá esa es la razón por la que en algún punto Foucault suscribió la discusión en las formas de poder que se inscribían en el cuerpo, que es, en última instancia, el recurso más básico para acceder al mundo, conocerlo y conocerme.

No obstante como no puede hablarse de estos temas en abstracto, porque se corre el riesgo de generalizar y asumir cada caso del mismo modo, y precisamente se trata de lo contrario, de descubrir aquello que hace a una persona lo que es -en este caso, en su vida y su propia concepción de sí mismo desde la sexualidad-, Molano elige el ejemplo, elige un personaje, le otorga una vida, unos padres, una condición económica definida, una edad y desde allí parte. En ciertos puntos de la novela pareciera que ni siquiera el autor sabe bien hacia dónde se dirige su personaje, y lo va dejando llevar según lo guían sus intuiciones.

Esta variabilidad del personaje se ve reflejada en toda la novela también, ya que el final es abierto. Y las relaciones que se van creando entre los personajes no quedan finiquitadas. El lector no sabe si Felipe se fue de su casa, si sus padres cambiaron de opinión o si definitivamente renegaron de su hijo, o si el apoyo de su tía era tan incondicional como parecía en un comienzo. En este sentido, un rasgo fundamental de la relación entre *discurso de poder-foco de resistencia*, es que hay variables y múltiples maneras de establecer dicha relación. Las situaciones son cambiantes, lo mismo que los modos de sentir, pensar, acceder, y entender esto, por lo que no puede establecerse una única manera de “resistir”, ni puede señalarse una única vía como “línea de fuga”. Por eso, la apuesta foucaultiana será llevar la subjetividad a la conciencia de sí y, al final, hacer un cuidado de sí, que me permitirá a) cuidar del otro y b) ocuparme de mí. Eso será, en última instancia, lo que requerirá de los sujetos para que puedan hacer el “trabajo sobre sí mismo” diario y constante.

En *Un beso de dick*, Molano, hablando con propiedad, no establece como tal un trabajo sobre sí mismo de modo constante. Lo esboza, da unos inicios, en el preciso momento en que su protagonista inicia su propio proceso de subjetivación al tiempo que intenta adquirir una conciencia de sí. Más no se sabe si sea constante. Por otra parte, lo que sí hace Molano es dejar la puerta abierta; y es que tiene que ser así, pues como se dijo, las relaciones sociales, y en este caso sexuales, son variables, y entonces no se puede concluir con una respuesta unívoca. Lo que hay es una lucha de fuerzas, que van construyendo “cosas”, para hablar en términos generales. Van construyendo el modo en que nos comprendemos, o lo que queremos, etc., por lo que Felipe viene siendo un resultado de esas fuerzas de lucha, o más precisamente, el resultado de un discurso de poder.

Ahora bien, el dejar la puerta abierta es muy importante. El hecho de que Molano no ofrezca un programa, propiamente dicho, de un modo de ser gay, es porque en el fondo entiende que “proponer”, en este ámbito, quiere decir también “limitar”. No quiere decir que no haya propuesta; la hay, en el sentido de establecer un objetivo claro como lo es el reconocimiento, pero no está terminada aún. De hecho, al final de su vida, Foucault discutirá si los gays deben o no casarse para ser reconocidos, lo cual encontrará problemático, porque sigue habiendo un encierro, esta vez, en la institución matrimonial.

Ya se ha dicho que eso es una de las propuestas de Molano. En el fondo su protagonista lo que no quiere es esconderse; quiere tener una relación “normal”, y allí es donde la propuesta no alcanza a ser completa, porque no está estableciendo una lucha contra todo un “*stablishment*” social y político, sino solo contra el derecho a hacer uso libre de su cuerpo, y el reconocimiento que debe dársele como individuo. Lo que ocurre es que aquí no hay manera de garantizar que no haya rechazo, si antes no se ha operado un cambio en la forma de comprender y asumir, en este caso, al homosexual. Así pues, la novela de Molano, más que una propuesta, es una explicación – personal desde luego– de lo que entiende por homosexualidad y mostrar que las diferencias no son tan profundas y, ahora en “positivo”, que sí se trata de un asunto de orificios exclusivamente.

Para ello se monta en el discurso del amor, y defiende una idea del amor que pasa por el erotismo. Esto explica en parte las preguntas de cómo harán los ciegos para enamorarse, cómo será su belleza, y de qué se enamorarán si no pueden ver. De alguna manera, Felipe se erotiza a sí mismo y a su pareja constantemente. Sin embargo -y esto es muy importante-, en ningún momento Molano diría que es más erótico, o más bello, el ideal homosexual o algo por el estilo. No se trata de invertir las categorías y deslegitimar la heterosexualidad. Lo que ocurre es que Molano, en su novela, aprovecha para mostrar que los muchachos en su juventud deberían tener la posibilidad de elegir conscientemente su sexualidad. Esta visión se apoya en un gusto sexual y en la erotización del cuerpo, en prestar atención a los “síntomas” que el cuerpo genera para identificar hacia quién me siento atraído y hacia quién no.

Una vez en esa erotización de su cuerpo, y de su relación, Felipe empieza a construir su idea de amor, que está fundada en un discurso de poder, y que lo que hace es adaptarla a sus propios deseos e intereses. Algo curioso es cómo muestra Molano la dificultad entre los personajes para darse muestras de cariño, como si de alguna manera quisiera hacerlo “de otro modo”. Así, frases como “yo nunca lo voy a dejar de amar, por lo menos esta noche” y la ulterior respuesta “sí, por lo menos esta noche nunca me deje de amar” son estratégicamente ubicadas en la novela para mostrar la dificultad en expresar romanticismo; no así ocurre con la erótica, de la cual el autor se vale de más recursos.

Señalar esto es importante porque nos ubica en una posición especial respecto a Molano, y es que ambos muchachos están aún sujetos por el discurso de poder, en este caso a través del amor, y eso hace que expresarse cosas sea complicado. De allí la necesidad de buscar formas novedosas de mostrarse amor, al menos entre ellos, de crear un vínculo que sea novedoso para que su relación funcione y no se quede a medio camino. De alguna manera la preocupación que se encuentra en *Un beso de dick* es buscar –y establecer– una transición de cómo es posible des-sujetarse, escapar a la marca que se imprime sobre los sujetos, marca que puede ser política, religiosa, sexual, etc. Molano, por medio de Felipe, muestra una construcción de sexualidad, y pese a no responder la pregunta de cómo lograr que los demás lo vean como él se ve, deja la puerta abierta a otro tipo de solución a través de la tía de Felipe, quien pese a costarle aceptar la

realidad de un sobrino homosexual, es la única que se decide a hacerle preguntas y asume, con madurez, que en realidad ellos están siendo prejuiciosos y no se están preguntando lo que ocurre realmente con Felipe.

La lectura que puede hacerse de esto es que, si cierta individualidad fue creada, también puede ser deshecha y, en ese sentido, como afirma Butler, la experiencia de ser deshecho se vuelve positiva en tanto es una posibilidad de (re)afirmarse a uno mismo en la existencia. Y de hecho pasa de ser una posibilidad en el terreno personal a ser una exigencia en el ámbito social, en virtud de la proliferación de las sexualidades divergentes. Tan es así que Butler afirma:

In recent years, the new gender politics has offered numerous challenges from transgendered and transsexual peoples to established feminist and lesbian/gay frameworks, and the intersex movement has rendered more complex the concerns and demands of sexual rights advocates². (Butler, 2004: 28)

Con esto en mente, al final pregunta: “What if new forms of gender are possible? How does this affect the ways that we live and the concrete needs of the human community?”³ La exigencia de Butler con esa pregunta es precisamente otorgar y crear nuevas teorías para tratar las nuevas sexualidades. El reto es, pues, para la ley y para la sociedad civil, en orden de aceptar las «nuevas» sexualidades. En consecuencia, las artes, en este caso la literatura tiene las herramientas necesarias para construir bases que permitan acercarse a estos temas sin temores. De hecho es que parte importante del problema es el saber escuchar, tan reclamado en muchos espacios y que no se logra dar en ocasiones por distintos motivos. En el ámbito político, la democracia permite que haya espacios de construcción sobre este tipo de situaciones, donde los sujetos pueden opinar y debatir, y la idea, buena o mala, es hacerse visible ante el otro y hacerlo visible ante mí. En

² “En años recientes, las nuevas políticas de género han ofrecido numerosos desafíos a personas transgénero y transexuales hasta establecidos marcos feministas y lesbianos/gay, y el movimiento intersexo ha hecho más complejas las preocupaciones y demandas de los defensores de los derechos sexuales”. Traducido por escritor de tesis.

³ “¿Que tal si otras formas de género son posibles? ¿cómo afecta esto a los modos en que vivimos y a las necesidades concretas de la comunidad humana?”

consecuencia, los sujetos son lo que son, cuando hay reconocimiento en el ámbito político, y sólo mediante la garantía de que esto se dé, se puede empezar a discutir sobre bases serias la construcción de subjetividades basadas en información. En esta tónica, existe la idea de “negociar” que el escritor Terry Eagleton retoma de Habermas para explicar este asunto. Quisiera señalar un pasaje que ejemplifica parte del problema y parte de la solución.

Esta idea de una naturaleza humana no sugiere que debemos realizar cualquier capacidad que sea natural, sino que los valores más elevados que nosotros podemos desarrollar surgen en parte de nuestra naturaleza, y no son elecciones o construcciones arbitrarias. No son naturales en el sentido de ser obvios o de fácil acceso, sino en el sentido de que están ligados a lo que materialmente somos. Si no vivimos de un modo en el que se alcance la libre autorrealización de cada uno mediante la libre autorrealización de todos, estaremos cerca de destruirnos como especie. Esta formulación se mueve, claro está, en un nivel extremadamente alto de abstracción, y no nos puede decir qué es lo que significan términos como «libre» y «autorrealización» en ningún contexto histórico preciso. En relación con este asunto, la solución habermasiana es que debemos simplemente ponernos a hablar. La vida ética concreta, la *Sittlichkeit* de Hegel, significa negociar y renegociar, de una situación específica a otra, qué podría significar un imperativo abstracto de esa clase, con todo el intenso conflicto político que esto implica. También significa llevar a cabo un escrutinio crítico del concepto entero de «autorrealización», basado como ha estado históricamente en un productivismo claramente inadecuado. El término «autosatisfacción» sugiere, quizá, un activismo sensiblemente menor (Eagleton, 2006: 498)

Así, sin pretender decir que “todos somos iguales”, existe la posibilidad de encontrar el camino que permita, como bien señala Eagleton, mantener las diferencias y poder sentarnos a hablar. Puede decirse que Felipe ha intentado hablar con su padre, sin éxito. Hace falta, pues, recorrer un largo camino donde la discusión mejore las condiciones existentes. Al menos es un comienzo que debería explorarse, insisto, no solo para la temática de ser homosexual, sino para todas aquellas sexualidades que no encajan en la matriz heterosexual, y para otros debates, como el de la adopción, el matrimonio, por ejemplo (cosas con las que no sé si Foucault hubiera estado de acuerdo). Para terminar, añade Eagleton que “La particularidad nos devuelve a un nivel «superior»; la diferencia debe atravesar la identidad para llegar a ser ella misma, una posición desastrosamente abandonada por gran parte de la teoría contemporánea” (Eagleton, 2006: 500).

Entonces, para responder a la pregunta inicial, **¿qué hacer para que me reconozcan como quiero que me reconozcan?**, es posible esbozar una respuesta así. Creo que Molano, aparte de reivindicar la diferencia, establece la prioridad a ojos del lector, es decir, el reconocimiento. Uno no puede reconocerse si no reconoce al otro y viceversa. Es un proceso bicondicional que opera en ambos sentidos. Así, la obra *Un beso de dick* es un intento por aplicar este proceso, por reconocer, reconocerse y afirmarse a uno mismo. En ningún momento el autor cuestiona a los sujetos en tanto sujetos, sino a las individualidades que ellos reproducen, o a los discursos que representan. Así, al profesor de religión no lo cuestiona en tanto sujeto, sino en tanto los valores y prejuicios que representa, y así con todos los profesores y funcionarios del colegio. Lo mismo hace con sus familiares, y con cada una de las personas con las que tiene trato, en un intento por reconocerlos, corporal y socialmente, y así, crearse su subjetividad, representarla y ser reconocido con ella.

Quizá lo que no logra la novela sea hacer que el protagonista no se ponga en el lugar de los otros por un instante, en reconocer que en todo caso para su familia es difícil reconocerlo como algo que es cuando menos novedoso y sorprendente para ellos. Sin embargo, Molano quiere llevar la discusión a ese nivel, a discutir con argumentos y a escuchar no solo al propio cuerpo, sino a los otros en tanto otros. Felipe reconoce lo que representa su padre, reconoce su autoridad, así como la de sus maestros, pero se niega a entenderla y a asumirla. Molano, al escribir su novela, lo que intenta es salir de ese círculo vicioso de oídos sordos y quiere hacerse escuchar, así como parece estar dispuesto a escuchar. En ese sentido lo que hace es filosofar, si acuñamos la definición que da Michel Foucault en *El gobierno de sí y de los otros*:

Filosofar, ocuparse de sí mismo, exhortar a los otros a ocuparse de sí mismos, y esto mediante el escrutinio, el examen y la prueba de lo que saben y no saben los otros: en eso consiste la *parrhesía* filosófica, que se identifica no simplemente no con un modo de discurso, una técnica de discurso, sino con la vida misma (Foucault, 2009, 330)

La literatura en este caso bien puede realizar aportes en el sentido mencionado, en el sentarse a hablar sobre la vida misma. Así, sin pretender igualdades disimuladas, podrá encontrarse el

camino que permita, como bien señala Eagleton, mantener las diferencias y poder sentarnos a hablar. Hace falta, pues, recorrer un largo camino donde la estética y las artes en general tienen la palabra y tienen la posibilidad de mejorar las condiciones de vida existentes, aun cuando sea a través de imaginar posibilidades. Otra idea que es importante en Eagleton, es que “la particularidad nos devuelve a un nivel «superior»; la diferencia debe atravesar la identidad para llegar a ser ella misma, una posición desastrosamente abandonada por gran parte de la teoría contemporánea” (Eagleton, 2006, 500).

Las últimas preocupaciones de Foucault iban en el sentido de ser capaz de construirse una vida para sí mismo, a nivel individual y grupal. Quizá abrir dichas posibilidades de nuevas maneras de vivir, sentirse, verse, representarse, sea una tarea que no tenga que pasar precisamente por la excentricidad. Es decir, para tener una vida nueva, no hay, necesariamente, que buscar irse al otro lado del mundo y desde allí empezar a vivir. No en vano Foucault privilegia la ascesis por encima del ascetismo. En ese sentido, construirse no quiere decir irse, alejarse, o quedarse. Diría Foucault que hay que estar en la frontera, y desde allí analizar los límites. Molano ofrece un abordaje de este tipo, donde Felipe está en los límites de su propia existencia. De hecho, está muy seguro de querer no esconderse, pero no se sabe hasta qué punto Felipe está seguro de querer ser reconocido como gay. Quizá no quiera tal cosa, si eso implica un caminado afeminado (algo que en ningún momento de la novela es siquiera insinuado).

En consecuencia, la novela de Molano puede ser vista en ese sentido, en otras palabras, puede ser analizada como una novela que pone a un personaje en el límite de una situación. Desde luego, a Felipe lo primero que se le ocurre para desarrollar y entender su propia vida es irse de su casa, y en otra situación se plantea la opción del suicidio. Pero no las elige, porque no son la respuesta a su preocupación, que en última instancia tiene más que ver con decir que él no tiene un problema y, en cambio, es su entorno el que ve ese problema. Quizá esa es una de las principales razones por las cuales Molano de alguna manera no termina su novela, y deja la puerta abierta a múltiples opciones:

-Te amo, Felipe.

-Ya sé.

-...

-...

-No se vaya

-....

-...

-No me deje ir. (1992: 166)

De hecho Molano no se engaña y sabe muy bien que no hay manera de huir – ¿a dónde? – de su entorno social, que cambiarse de sitio no hará diferencia, siempre que en ningún lugar lo acepten como es. Y sin embargo, elige terminar su novela en un apartamento de Bogotá, después de que el protagonista tuvo relaciones sexuales con su novio y están en el momento de la dolorosa despedida, que no quiere darse. Allí elige terminar la novela porque no se resigna a que *tenga* que irse. Desea poder quedarse, y eso es algo que debería ser tenido en cuenta al momento de establecer debates sobre los sujetos en sociedad. Desde luego, las relaciones sociales nos regulan a unos y a otros, y cada uno en su propio rol establece, a su vez, el tipo de relaciones que va a ejercer. Es esa capacidad de elegir lo que no puede perderse.

Es que la humanidad, o mejor, los sujetos que componen a la humanidad, no son procesos acabados, porque las relaciones sociales y de poder se modifican constantemente. Es por eso que en el momento en que Molano escribía a hoy, las cosas han cambiado y ser homosexual no es, por sí mismo, una trasgresión; de hecho creo que no era lo que Molano se hubiera propuesto. Más bien su pelea era contra el rechazo, y el prejuicio, y su reclamo era darse la oportunidad de conocer y entender al otro en su otredad. Su exigencia no es ni fue el volvernos homosexuales, o suponer que todos lo somos. Otro tanto puede afirmarse de Foucault, que aunque en un tiempo reflexionó sobre la homosexualidad como norma, y hasta podría decirse que hoy día lo *queer* es lo *'cool'*, después dirá, a través de un verso, el resumen de su pensamiento en la etapa final: “Desarrollad vuestra rareza legítima”.

Rareza significa hacer disidencia. No contiene, en ningún caso, una “propuesta” propiamente hablando, porque como bien lo señala Foucault en sus *Diálogos sobre el poder*, una propuesta esbozada y establecida, con un lenguaje y unas categorías, pierde todo carácter disidente. Así, pregunta a su interlocutor: "¿Qué base ideológica dar a la disidencia en general? Pero desde el momento en que se trata de darle una ideología, ¿no crees que se le impide ser verdaderamente disidencia? Creo que hay que darle unos instrumentos..." (2000a: 105)

En consecuencia Molano en su novela le da a su personaje unas herramientas y al lector otras. Desde luego, la novela pertenece a quien la lee, por lo que el lector deberá apropiarse de esas herramientas para decidir qué ocurre con Felipe *después*. No hay, para hablar con propiedad, una única manera de experimentarse, conocerse y crearse, pero una vuelta al cuerpo constante parece necesaria, en el sentido en que todo discurso se imprime allí de una u otra manera, determinando desde la forma en la que debe caminar un hombre o una mujer, si se deben mover o no las caderas, y todo tipo de cosas por el estilo, hasta el modo en que pensamos, sentimos y deseamos. Por ello es que Felipe se ha elegido a sí mismo, y al hacerlo, lo que le queda es empezar a construirse su propia manera de sentir. No hay que olvidar que este personaje dibuja y, como tal, sus reflexiones son espaciales y sobre el tiempo, así que siempre se está remitiendo a detalles muy específicos (el modo en que Leonardo se pasa la mano por el cabello, o cómo lo abraza Libia, o la mirada que le hizo su tía, y así sucesivamente).

Quizá el verdadero amor esa elegirse a uno mismo antes que al otro, y desde allí empezar a construir una individualidad que sea reconocida y me permita reconocer(me), y quizá obviando la actitud de “tolerancia”, que en este caso sería como un “dejar ser”, es decir, una indiferencia respecto a la otredad. Eso no es lo que se propone acá, pero ciertamente es una opción. En resumen, el problema siempre será el tema de relacionarse con uno mismo y con los demás, y entender todo el entramado de situaciones que existen. Molano ha hecho un intento en ese sentido y, por tal razón, su obra merece ser valorada, no como parte del canon de la literatura homoerótica, sino como un esfuerzo por hacer la vida más llevadera, esa vida que él, Fernando Molano, no pudo tener.

CONCLUSIONES

Este trabajo ha pretendido ser una contribución a la discusión de la homosexualidad en términos teóricos sobre la creación de un personaje desde un discurso y la apropiación de una subjetividad de la que pueden hacer uso los sujetos, o de la creación de su propia subjetividad en caso de ser necesario, mediante el análisis de unos conceptos filosóficos tomados prestados de Foucault y la novela de literatura colombiana *Un beso de dick*, en un intento por hacer un ejercicio de comprensión del otro y de sí mismo. En palabras de Levi-Strauss, uno no puede aproximarse al otro, identificarse con él y permanecer indiferente. En consecuencia, parece lícito suponer que si las discusiones sobre las distintas sexualidades que existen se sigan dando, puede ser por un intento de comprensión del otro, al tiempo que es un ejercicio de comprensión de «mí mismo».

Ahora bien, uno de los hallazgos fundamentales del trabajo ha sido la comprensión de una sexualidad diferente a la heterosexual como incluida dentro de un marco heteronormativo que no transgrede dicho marco sino que lo justifica y referencia, en la novela de Molano Vargas. Uno de los posibles abordajes que puede hacerse, es tanto la formación de nuevas sexualidades que reaccionan contra el establecimiento de una matriz heteronormativa, como también la viabilidad de la creación de dichas sexualidades, sus posibilidades y sus alcances.

Otro posible análisis es investigar si la vida de aquellas personas que reaccionan es vivible y si, en términos sociales, poseen o no el estatus de «persona». Esta es una de las preguntas más importantes en Judith Butler, pues en este punto lo que está en juego no son sólo problemas teóricos. La homofobia, la xenofobia son problemas que trascienden todas estas discusiones y que aquejan a personas de carne y hueso. No es, pues, un problema puramente teórico, o de demostraciones públicas de afecto exclusivamente, y valdría la pena analizar el origen de reacciones violentas contra aquellos que no se sienten satisfechos con su propio cuerpo, o su sexualidad, o su género.

Sin el reconocimiento del otro, las leyes y los argumentos no podrán avanzar mucho más allá de lo que ya están actualmente. Así, elegimos *Un beso de dick* no por transgresora de conductas morales socialmente establecidas; creemos que estamos afrontando el problema de un modo equivocado y que se hace necesario replantear la discusión. Asumimos una postura deontológica de las conductas, sujetamos, negamos la otredad. Dichas posturas esencialistas, de si hay una ontología del sujeto y que éste es capaz de percibirla y reproducirla, o de si somos productos enteramente culturales sin ningún tipo de condición previa para ello, hacen que el tema se pierda entre líneas, perdiendo de vista las cuestiones y mirando quién tiene o no razón. No puede quedarse en si aceptamos o no una conducta homosexual; de hecho, aún tenemos que responder a la pregunta de si en realidad existe una conducta específica, propia de cada sujeto, desde su sexualidad. Otro problema a resolver, con todos estos elementos, puede plantearse así: **¿Puede legitimarse el uso del cuerpo y los placeres en el terreno de lo público desde una proyección que nace en el ámbito de lo privado?**

Una vez más, hay que decirlo, estamos en una distancia de tiempo considerable entre el momento en que *Un beso de dick* es escrita y la actualidad, y sin embargo, el debate sigue dando de qué hablar. Entre otras razones, porque ¿qué nos garantiza que la homosexualidad, el travestismo, el transgenerismo, sean las últimas opciones en una gama de posibilidades y prácticas sexuales?; ¿qué nos garantiza que no existan otras en un futuro? Y si existen, ¿cómo enfrentar esa situación? Y la pregunta puede extenderse precisamente a nivel de discurso y de personajes, individualidades creadas a través de poder. Como lo expresa muy bien Didier Eribon, no hay por un lado individuos y por el otro poder, sino una relación de dominación que determina los elementos sobre los que actúa. Esto, desde luego, lo dice en relación a su lectura de Foucault en sus *Reflexiones sobre la cuestión gay*, y entonces, si esto es así, ¿por qué no pensar que exista una forma de poder que domine y “cree” otros “sujetos”, con maneras de sentir, pensar y actuar distintas a las actuales?

Aquí es importante poner el acento en la invención, pues no se trata de “sexualizar” la sociedad para representarse a uno mismo “libremente”; ese no es el reclamo de Foucault, Butler, ni Molano. Lo que se busca es crear formas novedosas de representación que satisfagan el deseo de

reconocimiento y, a la vez, permitan al sujeto desarrollarse libremente, sin escondrijos. Tal era la motivación del Foucault de la *Historia de la locura*: el ocultamiento. Pero hoy día de ocultamiento poco: hay toda una gama de opciones que van desde la pornografía hasta los bares ‘*swingers*’ y toda una serie de prácticas sexuales que operan en muchos sentidos y de muchas maneras. No se trata de llevar esas prácticas ‘a la calle’, como buscando un regreso a una ‘naturaleza humana’ que ha sido cohibida por tabúes sociales y un poder represivo. Aquí el punto es otro, y es muy bien señalado por Didier Eribon:

...contra los discursos de la liberación sexual, Foucault se propone afirmar que el agente desestabilizador del orden establecido no hay que buscarlo tanto en la «sexualización» de la sociedad, en el ligue, el sexo al aire libre, la multiplicación de compañeros, etc., como en la invención de nuevos modos de vida y nuevas formas de relación entre los individuos (...) En la invención de este «sistema relacional» hay que buscar la posibilidad de reinventarse y escapar a la sojuzgación que operan las normas sociales (Eribon: 1999: 430)

Otro tanto de lo que diría Foucault es que el comportamiento sexual también es la conciencia de lo que se hace. Podemos agregar sin ir muy lejos que la conciencia ha existido, que los sujetos, en todo caso, se habrán percibido a sí mismos de alguna manera, se habrán “*identificado*” de muchas formas, y que ahora con la gama de lenguaje que hay, con las clasificaciones, denominaciones, formas y demás, es que aparecen, son visibles de otra forma y para otros. Así, el «nacimiento del homosexual» se refiere propiamente al discurso, y más específicamente al concepto que termina creando un «personaje». Ahora bien, todo sujeto, con sus formas y complejidades, es el resultado de un discurso de poder, es un «foco de resistencia» que responde al poder y, al hacerlo, lo justifica. Valdría la pena revisar esta idea un instante y ver, “desde adentro”, qué opciones le quedan a Felipe. Y Felipe es (o puede ser) cualquiera que sienta que algo debe hacerse respecto a su vida.

Finalmente, hay que decir que si bien no fueron mencionadas como tema central sino como tangencial en este trabajo, las teorías *queer* merecen un reconocimiento especial, pues el aporte más valioso de éstas es precisamente suponer que va a haber otras sexualidades, es decir, el

adelantarse a una posibilidad que no ha sido considerada y, por ello, se dedica a evitar toda regulación, para que cuando ocurra -si es que ocurre-, ya existan mecanismos de identificación de las personas que les permitan hacer su vida algo más fácil. En otras palabras, la imaginación de otras posibilidades es lo que hace que el pensamiento se mueva en diferentes direcciones. El norteamericano Clifford Geertz afirma algo en el ensayo *Los usos de la diversidad* en este sentido que puede sugerir una clave para abordar el problema: “imaginar la diferencia (lo que por supuesto no quiere decir inventársela, sino hacerla evidente) sigue siendo una ciencia de la que todos necesitamos” (Geertz, 1996)

BIBLIOGRAFIA

Agis Domingo, F. (2006) *Foucault, identidad y sexualidad*. Disponible en:

[<http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/agis45.pdf>]

Balderston, D. (2008) *Baladas de la loca alegría: literatura queer en Colombia*. [Revista iberoamericana, Vol. LXXIV, Núm. 225, octubre-diciembre]

Butler, J. (2004) *Undoing Gender*. Routledge, New York:

_____ (1999). *El género en disputa*. Barcelona. Paidós

Eagleton, T. (2006). *La estética como ideología*. Madrid. Trotta

_____ (1988). *Una introducción a la teoría literaria*. Ed. Lengua y Estudios literarios

Eribon, D. (1999) *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Barcelona. Anagrama

Foucault, M. (2009). *El gobierno de sí y de los otros*. Buenos Aires. Fondo de cultura económica.

_____ (1987). *Hermenéutica del sujeto*. Madrid. Ediciones La Piqueta.

_____ (2000a). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid. Alianza Editorial.

_____ (1970). *La arqueología del saber*. México. Siglo XXI editores.

_____ (1987). *Historia de la sexualidad*. México. Siglo XXI editores.

_____ (2000b). *Historia de la locura en la época clásica*. México. Fondo de cultura económica.

García Dussán, E. (2006) *Representación de las relaciones eróticas en "Técnicas de masturbación entre Batman y Robin" de Efraim Medina Reyes*. Disponible en

[<http://www.ucm.es/info/especulo/numero32/batrobín.html>]

Geertz, C. (1996). *Los usos de la diversidad*. Barcelona. Paidós.

Giraldo, Claudia Patricia. (2009) *Qué es la literatura queer: las compilaciones de literatura queer, gay y lesbica*. Disponible en: [<http://viiclot.fahce.unlp.edu.ar/actas-del-vii-congreso->

[internacional-orbis-tertius-1/actas-del-vii-congreso-internacional-orbis-tertius-1/ponencias/Giraldo.pdf](#)]

Mishima, Y. (2002). *Confesiones de una máscara*. Bogotá. Espasa

_____ (2010). *El sol y el acero*. Madrid. Alianza.

Molano, F. (1992). *Un beso de dick*. Medellín. Cámara de Comercio.

Paz, Octavio (1997). *La llama doble*. Bogotá, Planeta.

Soley-Beltrán P. (2009). *Transexualidad y la matriz heterosexual*. Barcelona. Bellaterra

Quintero y Fonseca. (2009). *La teoría queer: la de-construcción de las sexualidades periféricas*.

Edición en línea disponible en: [<http://www.revistasociologica.com.mx/pdf/6903.pdf>]